



CORRESPONDENCIA

TURQUÍA

Nuestra Señora de Lourdes en Mesopotamia

UN misionero dominico de Mossul, ciudad de Mesopotamia junto á las ruínas de Nínive, se complace en manifestar que el culto de Nuestra Señora de Lourdes se extiende en las comarcas encomendadas á la Misión de Padres Predicadores. La misma Inmaculada Virgen, siempre misericordiosa, es la que se digna dar á conocer su deseo de ser honrada con culto especial en estos desdichados países, sometidos al yugo de los infieles, é infestados hace siglos por cismas y herejías. Al efecto obró gran número de milagros, de los que este misionero fué testigo ocular.

Una de las Religiosas de la Presentación de Tours, que se dedican á las obras de caridad instaladas en la Misión, estaba reducida por una prolongada dolencia á tal extremo que fué preciso administrarle la Extremaunción. Asistí con todos los Religiosos de la Misión á las últimas oraciones, y nos retiramos convencidos de que el día siguiente se nos anunciaría su muerte. No teniendo todavía las Religiosas tumbas especiales, trabajóse durante la noche en preparar la huesa.

Frente del lecho de la enferma se había colocado una imagen de Nuestra Señora de Lourdes, y á media noche la moribunda exclamó de improviso:

—¡Estoy curada!

Sintióse atraída por irresistible fuerza hacia la Im-

gen, y á pesar de que pocos momentos antes no podía hacer un movimiento, se precipita fuera de la cama, y póstrase á los pies benditos de la Santísima Virgen, besándolos llena de júbilo.

A la mañana siguiente quedamos no poco sorprendidos viéndola venir al convento, y oyendo de sus labios el relato de su repentina curación. ¿Cómo expresar los sentimientos de admiración y gratitud de todos los corazones á la vista de semejante prodigio?

La Misión creyóse obligada á responder sin tardanza

á este llamamiento de la Inmaculada Virgen, y en el acto resolvióse levantar una capilla como testimonio de agradecimiento á Nuestra Señora de Lourdes, erigiéndosele entre tanto un altar provisional que contribuyó á propagar rápidamente su culto.

Hoy la capilla está terminada, y largo sería dar cuenta de todos los favores que la tierna Madre prodiga en Mossul por medio del agua milagrosa. Muéstrase compasiva con todos, sin exceptuar á las pobres mujeres musulmanas, que acuden luego á dar gracias á su celestial Protectora en su propia capilla. ¡Ojalá que la devoción á María, conservada por las poblaciones musulmanas, les merezca la gracia de conversión á estos desventurados infieles!

Una historia abreviada de Nuestra Señora de Lourdes, traducida al árabe é impresa por la Misión, ha contribuido no poco á popularizar en este país el culto de la Inmacu-

lada. Numerosas conversiones se han verificado ya á la sola lectura de dicho libro.

Bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Lourdes se ha establecido en Mor-Yacub, en las montañas del Kurdistan, un pensionado para la educación de los niños nestorianos. Estos niños serán con el tiempo maestros



NORUEGA.—Niña del Hardangerfjord en traje nacional. (Pág. 230)

de escuela en las poblaciones todavía enteramente hereéticas, y secundarán á los misioneros que se dedican á su conversión. ¿Podía hacerse cosa mejor que encomendar á Nuestra Señora de Lourdes una obra destinada á favorecer sobremanera el retorno de estos infelices pueblos, cuya grande herejía consiste en rechazar su divina Maternidad? Así esta obra parece visiblemente protegida por María: fundada hace dos años, se desarrolla rápidamente, y son muchos los que piden abjurar la herejía. Conmueve ver los testimonios de amor que se complacen en tributar á Nuestra Señora de Lourdes.

En su capilla se reúnen todas las tardes muchísimos jóvenes para rezar delante de la imagen de la Virgen el Santísimo Rosario y la oración de la noche.

¡Dígnese la celestial Señora favorecer el desarrollo de todas las obras de la Misión, y en particular la del Seminario sirio caldeo! ¡Dígnese asimismo alcanzar á estas comarcas de Oriente, tan queridas del gran Pontífice León XIII, la gracia del retorno á la fe católica!

MÉJICO

La primera Escuela de Artes en la Alta Tarahumara por los Padres misioneros Josefinos

AUNQUE siempre, escriben desde la capital de Méjico, los Prelados de la Iglesia mejicana se han distinguido por su celo tan admirable como apostólico en favor de sus diocesanos, en estos días están dando mayores pruebas de él con las continuas visitas pastorales que hacen, en las que conocen las más urgentes necesidades de sus diocesanos, y tratan de aplicar el debido remedio tan pronto como las circunstancias se lo permiten.

Entre ellos resplandece con luz brillantísima el ilustrísimo Sr. Dr. D. José de J. Ortiz, dignísimo obispo de Chihuahua, quien para establecer en Sisoguichic á dos Padres misioneros josefinos, presbítero D. Tomás Rodríguez y D. Julio Delgado, se internó por la sierra de los tarahumaras, atravesando lugares inaccesibles en medio de las mayores dificultades, y teniendo que superar tales obstáculos, que sólo almas apostólicas del temple de la suya pueden vencerlos.

No sólo una vez, sino muchas, en tan apostólico viaje, vióse la vida de tan digno Prelado en grandes peligros, ya subiendo cuevas en gran manera pendientes, ya atravesando bosques seculares apenas saludados por la planta de persona civilizada, ya vadeando ríos cuyas corrientes llevan consigo mismo grandes peligros, ya llegando extenuados á ciertos ranchos y no encontrar en ellos ni lo más necesario para la vida, ya, en suma, arribando á lugares donde residen mayor número de indios, y encontrarlos desiertos por haber huído todos sus habitantes y hallarse escondidos en las cuevas de los montes, como si aquellos hombres y mujeres fuesen animales salvajes.

Este hecho, entre otros mil que pudieran citarse, entristeció de tal suerte el corazón de tan digno Pastor, que dos gruesas y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas, considerando el estado tristísimo de aquel pedazo de la viña del Padre de familias, que le ha tocado

en suerte evangelizar. ¡Hasta este punto es necesario desmontarla, para que con el tiempo y después de muchos trabajos pueda sembrarse en ella la semilla de la civilización cristiana! Sólo así hay esperanzas de poder convertir á esos parias de los montes, en ciudadanos útiles al Estado.

Entonces uno de los misioneros, espoleando su caballo y acompañado de dos indios, pudo alcanzar á una pobre mujer, que por ser la última que salió del pueblo y llevar en sus espaldas la niña que estaba criando y en su mano á una inocente que tendría unos cuatro años, no tuvo tiempo de esconderse en las cuevas del cerro donde ya había penetrado. Puesta la india ante S. S. I., no quería verle, y mucho menos hablarle, hasta que las palabras que en tarahumara le dirigió el misionero, comenzaron á tranquilizarla; mirando, por otra parte, que no se le hacía ningún mal y que se le prometían no pocos bienes, siendo uno de ellos la formal promesa que le hizo de que pronto tendrían á uno de los Padres Josefinos que habían de avangelizarlos y ponerlos en contacto con los cristianos, que forman todos la gran familia de Jesucristo nuestro Divino Redentor, ya que murió por todos nosotros para salvarnos y redimirnos.

Tan digno Prelado, al ver aquellos sus diocesanos con los vicios del gentilismo y de la idolatría, y que están despidos y sin hogar, concibió la grande idea de comenzar una gran serie de trabajos verdaderamente apostólicos, que dieran por resultado hacer hombres á aquellos pobrecitos que por su vida errante entre las sierras de la Tarahumara, parecían más bien animales. Pero ¿qué hacer en su favor? ¿Cómo dar principio á obra tan importante? ¿Qué podría establecerse en medio de aquellos terrenos cubiertos de nieve gran parte del año? ¿Qué podría hacerse donde no hay ni uno solo de los medios que para librarse del frío se adoptan entre gente civilizada?

¡Verdaderamente su corazón estaba afligidísimo! Pero Dios pronto trató de consolarlo mediante la idea de establecer entre los indios una escuela de artes...

En efecto; apesadumbrado su espíritu, tuvo algunas conferencias con el Padre misionero josefino D. Tomás Rodríguez: los dos convinieron que el mejor modo de arreglar un poco aquellas multitudes de indiadas, era unir, junto con la instrucción religiosa, los principales trabajos para vestirse, y de este modo introducir entre ellos las necesidades que la civilización cristiana nos impone, y dió por resultado determinarse á fundar una escuela de artes y establecerla allá en la Tarahumara Alta.

A este fin, el 17 de Enero salió de Chihuahua, plenamente autorizado por S. S. I., el P. Rodríguez, llega á Méjico, expone á su superior general el P. Vilaseca, los deseos de tan digno Pastor, así como doscientos pesos que él mismo para comenzar dicha obra le había dado. También nuestro dignísimo arzobispo Dr. don Próspero María Alarcón, contribuyó para la misma obra con otros cien pesos; otras dos personas se afiliaron á lo mismo con ciento cincuenta pesos, y no pocos devotos josefinos, admirados de ella y contentísimos por ver establecida la propagación de la fe entre los indios de la Baja y Alta Tarahumara, contribuyen también.

Entre tanto, el P. Rodríguez recuerda las artes que dirigía su propio padre y las que él mismo ejercía, hasta que dió comienzo á sus estudios, ingresando en la Congregación de los Misioneros Josefinos, y acompañado de un sastre, de un zapatero, de un tejedor, un carpintero y de un hombre que sabe las labores del campo, parte con hilaza, telares, colores y la herramienta indispensable para poner en Sisoguichic la escuela de las artes más necesarias; y como éstos son Hermanos Coadjutores de la misma Congregación Josefina, auguramos los más felices resultados en favor de una obra que es de tanto mayor mérito, cuanto que es ella más necesaria y es además eminentemente mejicana, como consagrada á la civilización de los indios tarahumaras, que por su modo de vivir más parecen bestias salvajes que hombres.

Este hecho, no nacido de ayer, sino propio del día de hoy, pide á todos los mejicanos oraciones y una parte de sus recursos, para que lo que haya comenzado, pueda aumentarse conforme las gravísimas necesidades de esos pobrecitos, á quienes es necesario aplicarles la obra de misericordia de vestir al desnudo; y lo pido de un modo especial á los devotos josefinos, que contribuyendo con sus oraciones y limosnas á la fundación de los Padres Misioneros, ven en esta obra una parte de su feliz resultado, y lo pide más especialmente á todos los señores sacerdotes, que conducidos por el celo de la salvación de las almas, nadie mejor que ellos saben apreciar como es debido, obra de tanta importancia, y obra á la que nuestros dignísimos Obispos y Arzobispos de la república mejicana, con sus visitas pastorales y demás medios de acción que están en su mano, sabrán activarla y aun fomentarla.

Esta obra que es eminentemente religiosa, es asimismo eminentemente civil, y obra que hará que esas hordas de salvajes que andan errantes por los bosques, mediante el trabajo del misionero sean buenos cristianos, y también óptimos ciudadanos.

AMÉRICA MERIDIONAL

Los misioneros Capuchinos españoles en Chile

EL día 22 de Julio de 1889 llegaron de España á Concepción de Chile seis sacerdotes y cinco Hermanos legos Capuchinos, con orden del reverendo Padre General de la Orden, para establecerse en el convento de Capuchinos de dicha ciudad.

El día 5 de Agosto dieron principio á una Misión en la iglesia del mismo convento, Misión que fué muy concurrida y produjo excelentes resultados. En Septiembre del mismo año predicó el R. P. Ramón de Mataró una novena á la Santísima Virgen en Hualqui. En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre dieron seis Misiones en la arquidiócesis de Santiago, y, además, otras tantas en la diócesis de la Concepción, en las ciudades y pueblos de Parral, San Carlos, Talcahuano, Santa Juana, Los Angeles y Quilleco, habiendo obtenido en todas partes espléndidos resultados.

En el año 1890 dieron Misiones en los pueblos del Temuco y Victoria, de la diócesis de Concepción; estas Misiones se llevaron á cabo con los consiguientes sacrificios por no haber en ellos párrocos ni iglesia parroquial.

Además, dieron también Misiones en Angol y Traiguén, Cauquenes y Linares. Su infatigable celo se extendió á la arquidiócesis, y dieron dos Misiones en Melipilla, dos en Navidad, otras dos en las Saucos, una en la Estrella, otra en Paredones y la última en Lohol. En todas sus resultados fueron muy satisfactorios, pues las conversiones, matrimonios y otros benéficos efectos de su acción apostólica están publicando continuamente que los esfuerzos de los incansables misioneros no han sido infructuosos.

En el año 1891 Yumbel fué el campo elegido en el que predicaron á las gentes la divina palabra produciendo opimos é incalculables frutos de bendición. Dieron además ocho Misiones en la arquidiócesis de Santiago.

En los Angeles, arrostrando toda clase de sacrificios, fundóse el convento que lleva el glorioso nombre del Santo Fundador de Asís, con su iglesia. Toda esta laboriosa obra fué dirigida por el infatigable misionero R. P. Baltasar de Lodares, quien extendió su benéfica labor hasta dar Misiones en varios fundos del departamento del Laja. Llevóse además á feliz término, este mismo año, la tan deseada inauguración del convento é iglesia.

Fundáronse en esta ciudad la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, la Asociación de obreros de San José y la Venerable Orden Tercera de Penitencia; instituciones que están muy florecientes y mediante las cuales los Religiosos han declarado guerra abierta á los vicios y á las perversas doctrinas que pululaban en el pueblo, habiendo obtenido espléndidos triunfos, los cuales son manifiestos por el marcado grado de aproximación á la Iglesia y á sus divinas enseñanzas que se nota en la generalidad de los habitantes, que antes vivían en el más frío indiferentismo religioso, siendo particularmente prueba elocuente de lo que afirmamos la numerosa asistencia de fieles á las prácticas de piedad y devoción, establecidas en la iglesia de los Padres Capuchinos, así como el crecido número de miembros que componen la Asociación de obreros de San José y la Venerable Orden Tercera; pues ésta última cuenta con más de quinientos Hermanos.

En 1892 fueron teatro de sus apostólicas excursiones Mulchén, Santa Bárbara, Los Angeles, Quilleco, Tucapel, Yungay, Temuco, Tomé, Rafael, Coelemu, Florida, Quillón, San Javier, Yervas-Buenas, Sausal, La-Huerta, Chanco y finalmente Cauquenes. En todas estas Misiones grandes conversiones de hombres endurcidos y que por largo tiempo yacían sumergidos en el vicio coronaron las predicaciones de los misioneros.

Predicaron este mismo año fecundas Misiones en Bajo Imperial y Boroa, donde existía numerosa gente que se encontraba sumida en la obscuridad de la ignorancia más completa de Dios, y la inmensa mayoría de ella

encenagada en espantosa idolatría: los RR. Padres José de Calasanz y José de Potries con incansable celo y sacrificios sin guarismo consiguieron convertir millares de almas. Este último abnegado Religioso permaneció tres años en su Misión y durante este transcurso de tiempo estableció cinco escuelas para la enseñanza de la juventud, hasta entonces sumida en la ignorancia.

Y ¿para qué hablar de la multitud de indígenas, bautizados por el incansable Religioso? ¿para qué de los numerosísimos matrimonios y conversiones de un sin número de indígenas? Dejemos que las silenciosas selvas, testigos mudos de sus fatigosas excursiones, sigan pregonando gloriosos episodios por aquilatar la gloria del Señor, ora por medio de enormes distancias que hubieron de salvarse para llegar al lecho del moribundo, ora por medio de sus alturas, quebradas, enseñadas y otras peligrosas vías de desconocido tráfico que el misionero en aras de su apostólico celo hubo de atravesar para llevar la luz y la vida á los que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte. Los triunfos obtenidos para el cielo por esos ángeles de paz y de caridad bastan por sí mismos para atestiguar su celo apostólico y abnegación heroica.

Entre tanto en la diócesis de Concepción siguióse con la visita pastoral, y los incansables Religiosos dieron Misiones en Hualqui, Talcamávida, Santa Juana y Rere. En todas estas Misiones hubo muchas conversiones, comuniones, matrimonios y confirmaciones, y conversiones de personas radicadas en el vicio y en sus depravados hábitos. Mas, no contentándose todavía estos Religiosos, y como que el campo les fuera demasiado estrecho, pasaron á dar tres Misiones más en la arquidiócesis, predicando los RR. PP. Ramón de Mataró y Gabriel de Adiós una concurrida novena de San Agustín en Talca, y yendo dos años á solemnizarla con su palabra evangélica.

En el de 1894 dióse en la Catedral de Concepción una Misión muy concurrida. En otros pueblos de la diócesis diéronse también este mismo año varias Misiones, triduos, novenas predicadas, sermones, etc., etc. De la misma manera sucedió el año 1895.

El recibimiento que los pueblos hacían á los Padres, obreros incansables del Santo Evangelio y dignos discípulos de aquel Dios de amor que llamaba á todas las gentes, era sumamente consolador. Cincuenta, cien y hasta doscientos hombres de á caballo salían á recibirlos á la distancia de dos ó tres leguas antes de llegar al pueblo que iban á misionar. Los Padres eran recibidos con todo respeto y veneración, vitoreándolos de mil maneras tanto los que los acompañaban como el pueblo que los esperaba con ansia en la iglesia. La despedida y salida de los pueblos era lo más tierno y conmovedor que pueda darse: la fe viva que reinaba en los corazones y la gracia divina que quedaba en posesión de las almas de estas pobres gentes les hacían prorrumpir en entusiastas aclamaciones.

En la iglesia de San José, en Concepción, han celebrado los reverendos Padres con toda solemnidad diferentes novenas y los meses de María y del Sagrado

Corazón de Jesús. Ha habido pláticas todos los días festivos y catecismo muy concurrido por los niños.

La Venerable Orden Tercera cuenta con cuatrocientos hermanos y la Asociación de Santa Filomena, establecida en la misma iglesia, tiene subido número de socias: muchas de las más respetables señoras ayudan al R. P. Gabriel, fundador de la Asociación en Concepción, á instruir y enseñar los rezos á los niños de menor edad. En una palabra, podemos decir, sin temor de parecer exagerados, que el templo de los Padres Capuchinos de Concepción es un verdadero centro de piedad, que todos los días, así en la mañana á la hora de las Misas como por la tarde á la hora del Rosario y de otras distribuciones piadosas, que diariamente tienen lugar, se ve atestado de gente de toda edad y condiciones.

Los reverendos Padres han dado dos Misiones en la Catedral y predicado dos años también el sermón de Tres Horas en la misma, la Octava de Corpus y varias pláticas en las otras iglesias de la ciudad.

Antes de concluir haremos constar que dichos Religiosos salen á toda hora y momento que se les llama para prestar los auxilios espirituales á los enfermos y moribundos, sin reparar en enfermedades ni sacrificios, siendo notorio entre los habitantes de Concepción la caridad y celo que estos sacerdotes despliegan en el cumplimiento de su ministerio. Se ha servido durante dos años el Hospicio, con la Misa y explicación del Catecismo por el abnegado P. Ramón de Mataró, de feliz memoria; se ha asistido á confesar durante varios años al Hospital, Buen Pastor y otros Colegios.

BRASIL

Primera salida de los Padres misioneros del Inmaculado Corazón de María.—Una disputa y una victoria.—Kneipp en el Brasil.—Una diócesis incipiente.

El R. P. Ramón Genover, C. M. F., escribe desde San Pablo el 2 de Febrero de 1896:

Los misioneros del Inmaculado Corazón de María han dado ya comienzo á sus labores apostólicas en la gran república sur-americana del Brasil. Enterado nuestro ilustrísimo y venerado Prelado diocesano por algún caballero de que nuestros Padres habían predicado algunos sermones en portugués, ya en la propia iglesia, ya en la casa de corrección ó presidio, con satisfacción del auditorio, quiso que se ensayasen en mayor escala, para saber hasta dónde podría confiar en ellos para acompañarle en su próxima visita pastoral, que quiere iniciar en la Cuaresma. Con este fin, manifestó deseos de que dos de ellos fueran á predicar unos días de preparación para el Crisma en Sorocaba, ciudad bastante importante del interior, que cuenta unos doce mil habitantes en el casco, y otros tantos en los barrios y arrabales que pertenecen á la misma parroquia. Gustosos corrieron nuestros Padres á donde los llamaba el Señor por boca de su ministro. Predicaron allí cinco días, mañana y noche. Hicieron cuanto les fué posible para que no disgustase al pueblo su acento extranjero; y parece que lograron, por la divina misericordia, su intento, puesto que por la noche, sobre todo,

se llenaba el espacioso y magnífico templo, y tanto por la mañana como por la noche era oída con profunda atención y recogimiento la palabra de los nuevos misioneros. Las confesiones y comuniones que hubo superaron las más halagüeñas esperanzas. Bastante amostazado debió de quedar el diablo por la sencilla oratoria de los misioneros, cuando inspiró á alguno de sus amigos que durante una noche se entretuviera en matar el tiempo empapelando puertas y paredes de casi todas las calles con unos pasquines impresos, que decían: *Povo, cuidado con as batinas* (Pueblo, cuidado con las sotanas). Por fortuna, el pueblo cuidó más de arrancar aquellos papeluchos que de recelarse de los Padres. De esta primera salida han sacado los misioneros dos consecuencias prácticas: la primera, que la dificultad de predicar en portugués no es tanta como á primera vista parece. La segunda, que importa en gran manera trabajar para reparar los daños ocasionados en esta tierra por el antiguo Jansenismo que se cebó en el clero, y cuyos resultados aun se descubren en el pueblo; y por el moderno positivismo, que con saña diabólica desde las alturas del poder procura acabar con el Catolicismo. Los devotos del Inmaculado Corazón esta ránsin duda con nosotros.

Luchan con el mismo ardor que en todas partes por la verdad católica los Padres Capuchinos, que tienen bastantes Comunidades en esta República. Como prueba de esto cuenta un periódico de Pernambuco, titulado *A Provincia*, una valiente disputa pública que uno de ellos, Fr. Celestino de Pedavoli, tuvo con el Dr. Butler, pastor protestante, en la parroquial iglesia de San Antonio de la misma. El templo estaba atestado de fieles y no fieles. Entre los concurrentes se contaba lo más selecto de la sociedad pernambucana. Fué larga y empeñada la lucha; empero la victoria se decidió por la verdad. El ilustrado hijo de San Francisco rebatió con argumentos contundentes los sofismas de su adversario, y cimentó y probó hasta la evidencia la verdad de nuestra santa Religión, y en particular de aquellos dogmas que más combaten los protestantes. Fué, según el citado periódico, un brillante triunfo para la Religión.

No sólo la salud del alma, sino también la del cuerpo, pretenden dar á los brasileños los sacerdotes católicos. Aludimos con esto á la importancia que está adquiriendo en este país la curación hidrote-

rápica que á tan grande altura ha sido llevada por el célebre P. Sebastián Kneipp, párroco de Vërishoffen (Baviera). En el año pasado llegó de Alemania un joven hijo de una distinguida familia paulista. Fué allí amenazado gravemente de una tuberculosis, y regresó completamente transformado. Esta y otras curaciones notables que se realizaron por el indicado tratamiento, amén de la facilidad y baratura de él, hacen que se vaya ya generalizando. Muchos médicos no se desdennan de llamarse discípulos de Kneipp y presentarse como propagandistas del método del célebre sacerdote. Poco tiempo hace que en este mismo Estado se ha abierto un grandioso establecimiento análogo al de Vërishoffen, con los prados de hierba para pasear por ella de mañana, con los alimentos recomendados por él mismo, baños, duchas, etc. Todas las publicaciones kneiptistas que tanta circulación adquieren en España, estan ya traducidas también



NORUEGA.—Campesina del Hardangerfjord en traje nacional. (Pág. 230)

en portugués y se extienden asombrosamente. ¿Quién sabe si esto podrá ser un medio para que no se odie á los sacerdotes como desean los modernos reformadores de este país!

Entre las diócesis del Brasil hállase una que está todavía en estado incipiente, y se llama de Coritiva. Abraza un extenso territorio en el Estado de Paraná. Felizmente para ella, el cielo le ha deparado un celosísimo Pastor, escogido entre lo más selecto del clero de San Pablo. Joven aún, puesto que apenas cuenta treinta y siete años, ha tomado á pechos la organización y adelantos de la Religión en el campo que se le ha confiado, principiando su gobierno por una visita pastoral, en la que empleó cinco meses. Luego ha llamado Padres Lazaristas para la dirección de su Seminario en embrión; Hermanas para la de un colegio de niñas, y va haciendo todos los esfuerzos posibles para el aumento del clero diocesano. Con tales ánimos y confianza en Dios, pueden esperarse resultados felicísimos. Para bien de aquella región, los inmigrantes que van á colonizarla son en su mayor parte polacos, y ya se sabe cuán arraigada está entre ellos nuestra sacrosanta Religión, y cuán profundo es el respeto y amor que profesan á los sacerdotes. Es indudable que esto dará á aquel Prelado no pocos motivos de consuelo. Bien diferente es la inmigración de este Estado, que ha llenado todas las poblaciones de alguna importancia de logias masónicas.

TIERRA DEL FUEGO

*Animosidad entre los indios.—Misión de Candelaria.—
Método de curación entre los onas*

El R. P. José M. Beauvoir, misionero salesiano, escribe desde Río Grande al Rmo. Sr. D. Rúa:

Los indios, que en 1894 acudían á nosotros en buen número, ahora no lo hacen sino en pequeños grupos, que casi nunca pasan de ciento. La causa de esto es la profunda enemistad que hay entre los del Noroeste del Río Grande, donde se halla enclavada nuestra Misión, y los del Sur. Estos últimos han vuelto á pasar huyendo el río, perseguidos por los del Norte, con los cuales se han batido, quedando sobre el campo varios muertos de ambas partes.

Cuando por primera vez vino el Ilmo. Fagnano, es decir, en Agosto de 1894 con el vapor *Torino*, se hallaba en la Misión un centenar de indios entre los del Sur y los del Norte, y entre ellos un crecido número de niños que ya sabían las oraciones y nos daban buenas esperanzas. Poco después sucedió la terrible desgracia que paso á referirle.

El 14 de Agosto llegaron á la Misión varios individuos, unos empleados del Gobierno argentino y otros dedicados á buscar oro. Durante algunos días aprovecharon nuestra hospitalidad, dirigiéndose después hacia el Sudeste, diciendo que iban al cabo San Pablo. Nada más habíamos sabido de su viaje, cuando el 5 de Septiembre llegaron á la Misión tres de ellos, jadeantes y con los vestidos hechos girones. Apenas me vió su jefe, empezó á gritar:

—¡Ayudadnos, Padre! los indios han matado á San-

martín y á otros dos, debiendo nosotros á la fuga nuestra salvación.

Cuando se hubo tranquilizado, me narró que en la madrugada precedente, mientras estaba bebiendo mate, oyó un ¡ay! sofocado, y mirando al rededor vió á un indio llamado Capelo, que ayudado de varios otros cogieron á Sanmartín y á otros dos cosiéndoles á puñaladas; que él debía sufrir la misma suerte, cuando corrió al único caballo que tenían, y á escape se dirigió á donde se hallaban los otros dos compañeros, y que los tres burlando la vigilancia de sus enemigos, habían podido llegar hasta nosotros.

Este Sanmartín, muerto tan bárbaramente, era un homicida.

Les pregunté qué era lo que pensaban hacer, y me contestaron:

—Si nos da V. R. cuatro ó cinco hombres, caballos, fusiles y provisiones, volveremos atrás para vengarnos.

Como es de suponer, no pude satisfacerles; sin embargo, les presté dos caballos para que pudieran dirigirse á San Sebastián, y mandé les acompañase uno de los nuestros con una carta urgente para el comisario de dicho pueblo, y otra para el encargado del páramo, y al cabo de ocho días vimos llegar al substituto del comisario con dos soldados y seis voluntarios, todos bien armados.

Yo me negué á acompañarles en esta expedición contra los indios, pues de otro modo me hubiera enajenado la voluntad de los que teníamos en casa; estaba además convencido de que sólo encontrarían las huellas y algunas cenizas que indicaran el lugar de su campamento, como así fué en verdad. Llegados al lugar de la ocurrencia, tomaron nota de lo que encontraron, y después de cuatro días volvieron á la Misión, donde permanecieron dos días más.

En el mes de Marzo vino el jefe de policía de la Tierra del Fuego, y nos dijo que el indio Capelo, habiendo querido asaltar la estancia del exministro inglés, señor Bridgel, éste le sorprendió y lo mató. También nos dijo que se había sabido que si el golpe le hubiese dado buen resultado, Capelo hubiera hecho otro tanto con nuestra Misión. Este indio Capelo parecía más bien un natural de Buenos Aires que un habitante de la Tierra del Fuego. Varios años estuvo al servicio del gobernador Dr. Cornero, quien se le llevó á la capital, pero por alguna infidelidad cometida, le obligó á volver á sus hogares, en donde se hizo jefe de bandidos, hasta que cayó bajo el plomo del Sr. Bridgel, acabando así su pésima vida, fruto de la enseñanza laica y de la falta de sentimientos religiosos y de moral cristiana.

Hablemos ahora de nuestra Misión. Estamos en buenas relaciones con los indios de la Tierra del Fuego: los del Noroeste se hallan siempre en medio de nosotros, y los del Sudeste vienen á menudo, pero en pequeños grupos, y apenas si se paran quince ó veinte días. Cuando vienen, procuramos retenerles lo más que podemos con galletas, pan, trajes, etc., aprovechando el tiempo instruyéndoles en nuestra santa Religión. Lo que más nos da que hacer es la extraordinaria dificultad del idioma.

Ahora quiero darle á conocer el modo particular que tienen los médicos de aquí de curar á sus enfermos. Cuando un indio, hombre ó mujer, viejo ó joven, grande ó chico se halla enfermo, se llama al médico, el cual hace colocar al enfermo á sus pies, y después de repetidas fricciones en la parte dolorida, si ésta es, por ejemplo, el vientre, se pone encima de pie ó de rodillas y lo pisotea hasta más no poder. Puede V. imaginarse los gritos y las imprecaciones de la víctima, pero no por esto disminuye el ardor del doctor, el cual alterna los pisotones con las fricciones. Cuando la parte enferma es la cabeza, las espaldas ó el hombro, etc., entonces se cambia de procedimiento, reemplazando los pisotones con tremendos puñetazos, que el enfermo recibe con resignación, pues los juzgan tan necesarios, que si no pudieran recibirlos les parecería faltarles el mundo entero. Es verdad que muchas veces la impaciencia del alma por abandonar el cuerpo la obliga á marcharse antes de que la operación termine; mas esto no es suficiente para que ellos cambien de sistema. Estas operaciones van generalmente acompañadas de gritos, imprecaciones, amenazas, gestos y contorsiones ridículas para obligar al espíritu maligno á huir, pues, según ellos, vive en el cuerpo del enfermo. De esto he sido yo mismo testigo no una sino muchas veces al día, pues á esta operación se sujetan los enfermos no sólo todos los días, sino varias veces durante él; y si no siempre, con frecuencia he logrado impedir ó aminorar tan bárbaros procedimientos. Como á jefe de la Misión se me presentan con frecuencia enfermos para que les opere á su manera, mas yo me contento con hacer el signo de la cruz sobre la parte dolorida, y les despido aconsejándoles la templanza, á cuya casi absoluta falta debe atribuírse la mayor parte de sus dolencias.

A los buenos vestidos que les regalamos, estos pobres indios prefieren sus capas hechas con piel de guanaco. No acostumbran llevar sombreros, y tienen la cabeza casi afeitada, dejándose sólo un cerco de cabellos como los frailes Franciscanos. Durante el invierno se envuelven los pies en una especie de zuecos, también de piel de guanaco. Los rizos que caen de dicha corona de cabellos se los sujetan con cordones de cuero. Cuando muere uno de ellos cambian de campamento, envuelven el cadáver en pieles, y antes de darle sepultura queman todo lo que ha pertenecido al difunto. Aman á sus hijos con cariño extraordinario, por lo que ni aun los quieren confiar al misionero; é inútil es que nos esforcemos en hacerles comprender que sólo buscamos su bien, que los vestimos, abrigamos, mantenemos, etc. Esto es una de las mayores dificultades con que tropezamos, y que entorpece la acción civilizadora del misionero.

El 27 de Junio murió el padre del capitán, á quien dos días antes había yo bautizado, poniéndole el nombre de José Abuelo. Este ha sido tal vez el primer indio ona que ha recibido cristiana sepultura. No había aún espirado que ya uno de sus hijos intentó envolverle y cubrirle para sofocarle y acortarle sus sufrimientos; pero encontrándome yo presente, pude impedir tan criminal acción. ¡Qué entrañas de ternera y filial amor! Apenas espiró se le amortajó *more solito* y se le condujo al cementerio, con asistencia del sacerdote, y se

le dió cristiana sepultura, reposando su cuerpo á la sombra de la cruz.

Algunos mineros llegados el otro día de San Sebastián, nos anunciaron que habían sido capturados en Bahía Inútil un centenar de indios, sin contar las mujeres y los niños (cerca de trescientos), y que queriéndoles llevar á la Misión de Dawsón, el gobernador de Puntarenas no lo permitió. ¿Cuál será su suerte?

Oiga por Dios, reverendo Padre. En Bahía Porvenir, en Bahía Gentegrande y en otros puntos del Estrecho, los indios robaron gran cantidad de ganado lanar, y no pudiendo llevárselo todo consigo de una vez, mataron una gran parte y perniquebraron á otras con el fin de que sus dueños no pudiesen aprovecharlas; fueron sorprendidos en esta operación, y varios de ellos quedaron sobre el campo, acribillados á balazos. Los dueños tomaron las reses inutilizadas y después de envenenarlas, las mataron. Algunos días más tarde volvieron los indios, y ya puede V. figurarse la horrible muerte que encontraron cuando menos la esperaban. Nosotros hemos procurado hablar con los *estancieros* en favor de los salvajes, y varios de ellos nos han prometido que si los indios abandonan la rapiña les pasarán veinte ó veinticinco carneros al mes. ¡Quiera el cielo que todos ellos se reduzcan á tan humanitarios sentimientos, y de este modo se perdone la vida de estos pobres desgraciados salvajes!

CAROLINAS (Micronesia)

La muerte de un carolino

El R. P. Fr. Agustín de Aríñez, misionero capuchino, escribe desde Aleniañg (Kiti) en la isla de Ponapé, el 12 de Noviembre de 1895:

HAN fallecido siete en las inmediaciones de esta Misión de Aleniañg (Kiti) en Ponapé, Carolinas Orientales, en menos de un mes, á consecuencia de una especie de disentería muy fuerte, de la que han sido atacados unos treinta y algunos quedan aún bastante graves; voy á referir algunos pormenores y circunstancias admirables que han precedido á la muerte de uno de ellos, que si no es milagroso, lo tenemos que reconocer, por lo menos, admirable y providencial.

Era un joven casado, de unos veintiséis años de edad, y que vivía muy cerca de nuestra casa Misión, pero que casi nunca vino á nuestra iglesia; por lo tanto era muy despreocupado en materia de religión, ó mejor dicho, dormido y aletargado en las tinieblas de su ignorancia. Atacado de dicha enfermedad, que luego ofreció síntomas de gravedad, lo llevaron al bosque á una pequeña y mala casita. Esto obedeció á que estaba algún tanto enemistado con otro natural que había muerto hacía unos tres ó cuatro días, y según las creencias muy arraigadas de esta gente, se figuró que el difunto se vengaba de él mandándole aquella enfermedad, por lo que se vió obligado á abandonar su casa, hacienda y terreno, y ocultarse en lo interior del bosque para no ser hallado.

En cuanto yo supe su enfermedad fui á visitarlo, salvando la inmensa espesura, distancia y escabrosidad de camino.

En esta primera visita nada noté de particular, y después de darle algunos buenos consejos de conformidad y resignación á la voluntad de Dios, me despedí de él y su familia. Habrían pasado dos ó tres días, cuando me avisaron que estaba ya grave, y que él mismo deseaba que fuese yo á verlo y que pedía el santo Bautismo. Fuí, pues, el mismo día, y ya lo habían traído un poco más cerca; cuando llegué á donde yacía, apenas podía hablar, aunque tenía perfecto conocimiento, y conocí que su estado era ya muy grave y su enfermedad incurable. Desde luego me manifestó los deseos que tenía de bautizarse para que Dios le perdonase sus muchos pecados; lo que desde luego le ofrecí, pero antes le exhorté con detención á que se dispusiese dignamente, enterándole de las disposiciones que tenía que poner de su parte para recibir juntamente con el Sacramento de regeneración los efectos saludables de reconciliación con Dios y de inocencia original, para lo cual tenía que avivar la fe, manifestar vivos deseos, arrepentirse firme y eficazmente de todos sus pecados, errores y supersticiones, y hacer un propósito inquebrantable de vivir y morir como buen católico, cumpliendo con las obligaciones que este nuevo estado le imponía.

A todo se ofreció con mucho gusto, y tanto el enfermo, como sus parientes é interesados que le rodeaban, me pedían que se le administrase entonces mismo: mas yo les dije que no había tanta prisa, que ya volvería al día siguiente con este objeto; pero que, si notaban que se agravaba mucho, me avisasen á cualquiera hora del día ó de la noche, y que mientras tanto el enfermo pensase seriamente en mis instrucciones.

A la mañana siguiente vinieron otra vez á avisarme de parte del enfermo, y como había llovido mucho no pude atravesar la corriente de un caudaloso río, hasta que, pasadas como dos horas, la corriente disminuyó y, aunque con trabajo, pude vadear el río. Aun no había llegado á la casa del enfermo, cuando me dijeron en el camino que había muerto, y después de un rato había otra vez resucitado. Llegué á donde estaba el enfermo, y lo encontré sentado, conversando con los que le rodeaban; apenas me vió, se alegró mucho y empezó á contarme lo que le había pasado. Su aspecto era ver-



NORUEGA.—Parte del Sørffjord. (Pág. 230)

daderamente imponente, pero muy tranquilo y sereno; su mirada era muy fija y penetrante, como de quien está grandemente espantado ó admirado, y su hablar muy autorizado y sentencioso. Todos los circunstantes estaban asustados y pasmados de terror; apenas sabían qué hacer, ni qué decir; pues acababan de presenciar uno de esos fenómenos que no sé como apellidar, si no fué milagroso. El caso fué, que habiendo el enfermo (en concepto de todos) espirado, y estando sus parientes llorando su muerte y amortajándolo, cuando le iban á vendar la barba y cabeza, como acostumbra, para que no quede con la boca abierta, de repente vuelve la cabeza al otro lado, sacude con la mano la venda que le ponían, y vuelto en sí se sienta sobre su lecho y comien-

za á referirles lo ocurrido, lo mismo que me contó á mí que llegué después de un breve rato.

—Yo he muerto, dijo, y dos Angeles me han salido al encuentro, y por un camino sumamente estrecho me han conducido á la presencia de Dios; puesto allí, Dios me ha dicho que tengo que volver á la tierra para purificarme de mis pecados por medio del Santo Bautismo, y después de bautizado y purificado, que he de vivir cuatro días más y al quinto moriré para ir á gozar de aquel lugar tan hermoso; he visto á muchísima gente en el cielo y en el infierno, y no he conocido más que á mi padre que me pidió agua de entre unas llamas horribles, y yo le dije que no tenía agua que darle. (Dirigiéndose á mí, me dijo): Usted es el que me retarda aquella dicha tan grande, porque no me bautiza pronto.

Entonces le repetí lo del día anterior y le bauticé con el nombre de *Santos*, pues era el día de todos los *fieles difuntos*, y me despedí.

Al siguiente día, 3 de Noviembre, como eran muchos los enfermos de gravedad, dediqué toda la tarde á visitarlos en compañía de Fr. Julián, pues viven todos muy distantes entre sí. Mientras el referido Santos no cesaba de preguntar por mí, tanto que vinieron dos propios á buscarme, pero no hallándome dijeron al enfermo que tal vez estaría yo ocupado ó echando la siesta, lo que negaba diciendo que yo estaba visitando á un enfermo llamado Kampuai y que no tardaría en comparecer allí; en efecto, apenas concluyeron este alter-

cado, cuando llegué yo. Al verme me saludó con manifestación de alegría diciendo:

—*Kachelelia muiñg Padre*: (Sea V. bien venido, Padre).

Me puse á su lado y él dijo á los que le asistían:

—Ponedme más cerca del Padre, que siento gran consuelo.

A lo que yo le pregunté:

—¿Por qué deseaba estar junto al Padre?

—Porque él me ha perdonado mis muchos pecados.

Yo le dije:

—Si tanto consuelo sientes con la presencia del Padre en la tierra, que es un hombre como tú, ¿cuánto mayor lo sentirás con la presencia del Padre celestial?

Y después me pidió que rogase al Señor por él. Y le pregunté:

—¿Qué quieres que pida á Dios para ti?

—El morir pronto, para que vaya cuanto antes á aquel lugar hermosísimo en que estuve ayer y que Dios me ha prometido.

Yo le exhorté á tener paciencia y dejar ese negocio en manos de Dios. Poco después me preguntó:

—Padre, ¿cuándo moriré? ¿tardaré mucho?

Le volví á exhortar á que sufriese con paciencia los dolores de su última enfermedad, á imitación de Jesucristo, y que con ello purgaría su alma en esta vida, para ir exento de toda deuda á la vida eterna.

Serían como las cinco de la tarde cuando yo me despedí, y no cesó de aconsejar á los circunstantes, *que tuviesen mucho cuidado é hiciesen mucho caso de los misioneros católicos; que abrazasen y siguiesen los consejos y enseñanzas de ellos; que diesen mucha im-*

portancia á la Religión católica y no la mirasen con indiferencia.

Después dirigió una pregunta á todos los que le rodeaban, diciendo:

—Y vosotros ¿estáis dispuestos á llevar á cabo y realizar lo que teníamos tratado y convenido?

Nadie contestó á tan comprometida pregunta, y esto mismo indica que debe ser algún convenio secreto nada plausible. A continuación dijo:

—Dios mío, Vos sabéis que el arma de fuego que tengo no es mía, pues mi hermano me la dió, y contra mi voluntad la tomé y la he tenido.

Concluyendo por fin su testamento en tono profético:

—Tened mucho cuidado, dijo, y mirad lo que vais á hacer; que dentro de poco tiempo os vendrá una gran tribulación que será el terror y espanto de todos los de Ponapé.

Y dicho esto, espiró.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

VIII

La linda y desventurada Sapikia (continuación)

ENTRE las tribus del Copataza la jívora Chingamalia abrigaba bajo su sombra maternal dos hijas que semejaban esbeltas azucenas, Verence y Elena; de diez años la segunda y catorce la primera, á quien, además, los salvajes conocían únicamente con el nom-



NORUEGA.—Vista de Odde. (Pág. 230)

bre de Sapikia. Como singular favor, en esta raza, las dos fueron regeneradas con las santas aguas del bautismo. Jamás vieron los hijos del Copataza niñas más lindas, llenas de gracias femeniles, adornadas de tantos encantos: el talle airoso de Sapikia, rebosando la más feliz simetría, y el rostro bellísimas facciones, revelaban, sin quererlo, la nobleza y elevado temple de su alma; los ojos eran luceros rutilantes, y los entusiastas transportes de un artista, en el fuego de brillante imaginación, apenas habrían podido concebir pálida imagen de su fina ceja y delicados labios. Quien conocía de cerca á Sapikia habría podido asegurar que era un pedazo de cielo ó un angel en las orillas del Copataza; porque su candor, inocencia y virtudes sobrenaturales superaban aun á la elegancia, hermosura y perfección de sus formas corporales.

Como era de esperarse, el mundo entero, capitanes, guerreros y jóvenes ardorosos solicitaron la mano de Sapikia; pero rechazóles generosamente por no abandonar á su viuda madre.

Un día vióse llegar del otro lado del Pastaza, por vez primera, á la casa de Chingamalia, al viejo Ujukuma, de ochenta años de edad, pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, corto de piernas, de barriga semejante á bombo de banda militar, donde caían como en el vacío veinte litros de chicha y no se saciaba... y pretendía oficialmente... ¿que?... ¿lo diremos?... ¡la mano virginal de Sapikia!... ¿y sino?... El viejo era afamado brujo...

Nunca había conocido el abominable viejo á Sapikia sino por la fama de belleza y de virgen encantadora del desierto; y jamás la virgen oyó hablar de Ujukuma sino con horror, por su glotonería, crueldades, abominaciones mil y horripilantes supercherías. Habíase entendido una vez con Chingamalia y exigídole que le cediera su linda Sapikia, so pena de brujearla, arruinar toda la familia y derramar, como la caja de Pandora, toda clase de males, pestes y enfermedades en la tribu del Copataza. La madre, vacilando largo tiempo entre sacrificar su preciosa hija ó resignarse á ser la causa de los espantosos males con que amagaba el brujo, tuvo la debilidad de acceder á la demanda de Ujukuma, pero con tanta pena que no se atrevió á comunicar el forzado compromiso á la infeliz Sapikia.

Cuando conoció ésta la solicitud de Ujukuma, quedó sorprendida, paledió á su presencia, principió á temblar como si se hallase delante mismo *iuanchi*, quedó como enajenada y fuera de sí; y sin embargo, á pesar del pánico que le infundía el feroz viejo, rechazó enérgicamente sus absurdas pretenciones y llena de nobleza é indignación, protestó contra las ominosas promesas de la madre.

Pasaron dos horas desde la entrada de Ujukuma á la casa de Chingamalia, y no había hablado sino lo puro y necesario para indicar el objeto de su venida; nada dijo contra las protestas de Sapikia ni se dió por entendido del llanto y repugnancia de la joven. El sol había declinado tristemente y escondido su luminosa faz, como avergonzándose de alumbrar con sus dorados rayos la triste escena que iba á suceder.

Ujukuma, dirigiendo dos ó tres cortados monosílabos á Chingamalia, acostóse en la *peaka*; Sapikia al oírlos dió un ¡ay! lastimero, como si hubiese escuchado sen-

tencia capital, y quiso salir corriendo del aposento; pero la madre, sin darle tiempo, estrechándola en el apretado anillo que formaban sus brazos, la condujo á la *peaka* del viejo novio y la sujetó allí: Sapikia hizo los últimos esfuerzos para separarse, como si quisiese huir del cubil del león dispuesto á devorarla; y la madre tornó á sujetarla. Sapikia quedó inmóvil, durante toda la noche pasó llorando su desventura, sin consentir ni conformarse nunca en el enlace á que se le obligaba.

Apenas aclaró el día Ujukuma sin decir una sola palabra, sin dignarse mirar siquiera á la suegra ni á la joven novia, lanza en mano, tomó á largos pasos la dirección de su casa.

Así que desapareció Ujukuma, Sapikia con voz conmovida y llorosa dijo á la madre:

—Madre, ¿es posible que me hayas dado por esposo al viejo Ujukuma, al hombre más abominable de los nacidos en el desierto? Faltábanme acaso capitanes valientes que me honrasen con despojos enemigos, guerreros intrépidos que me defendiesen de brujos y malhechores, jóvenes elegantes que me hicieran feliz con sus gracias y donaires? ¿No sabes que estuve prometida al joven y simpático Chingi, gallardo como el chiclecres, esbelto como la palmera, dulce y sabroso como el panal de miel que fabrican las abejas en el tronco del *uvilla*? ¿Cuántas veces me dijo el amable Chingi: Tú serás mi única esposa, tú sola me servirás la chicha y la guayusa; nunca amaré á otra fuera de ti; y sin embargo, no te dejaré sola sembrar la yuca y cultivar el plátano, yo te ayudaré; los dos viviremos en armonía perfecta como hermanos, nuestra unión será como la del Copataza con el Pastaza, formaremos una sola alma y un solo corazón, seremos felices para siempre?... ¡Oh! ¡Chingi mío querido! en un momento se acabaron nuestras ilusiones, nuestros dorados ensueños tornáronse horribles fantasmas que me atormentarán toda la vida! ¡Ya no me llevarás por los bosques á cazar aves de lindo plumaje, para tejerme vistoso cinturón; ya no iremos en busca de alas de moscardones de color de oro y tornasol para que me sirviesen de lujosos pendientes; ya no veré matar con tu lanza al tigre feroz, ni con la flecha enarbolada de tu *pukuna* al mico cuadrumano, para hacer de sus blancos dientes y ebúrneos colmillos ricas gargantillas para mi cuello; ya no te ayudaré á desollar gayos pellejas de culebra, para ceñirme al brazo y muñeca de la mano brillantes brazaletes! ¡Oh! ¡ya no iremos juntos á pescar en las playas del Pastaza, ni dormiremos bajo *ranchos* de palmera á sus orillas, ni pasaré yo las noches asando la fresca y humeante carne de gordos y mantecosos bagres, de exquisita gamitana y sabrosa tortuga que tú habrías pescado!... Madre, ¿de esta manera correspondeste á la fidelidad con que te he servido, al filial cariño de no haberte abandonado, rechazando tan honrosos y ventajosos enlaces? Al prometerme al mismo Chingi, ¿no pactamos en tu presencia, que los dos viviríamos bajo tu sombra adorada?... Y ¿á quién me has entregado? ¡al brujo Ujukuma! ¿Ignoras que Ujukuma cuando se ve acometido de locura ó furor, toma la lanza y la encaja en el seno de sus mujeres? ¿no han muerto más de diez, palpitantes las víctimas al golpe de su brazo

homicida? ¿no acaba de asesinar á la última mujer antes de venir por mí? ¿No es éste el famoso hechicero que se traga culebras é introduce arañas, ó piedrecitas, ó clavos de chonta en el corazón de quien aborrece para que muera infaliblemente?

La madre de la desventurada joven no supo que contestar; hallábase turbada, porque todos los cargos de Sapikia los conocía demasiado; más muerta que viva, estrechando al pecho á la tierna hija, mezclando sus lágrimas y sollozos con los de ésta:

—¡Oh querida hija mía! dijo al fin, ¡amor de mi vida, vida de mi alma, cuán desgraciada soy y digna de los incomprensibles tormentos que ahora padezco, por haberte labrado yo misma tan horrenda desgracia! ¿Para qué te alimentaría en la niñez, para qué te criaría tan esbelta y hermosa, para qué te acompañaría por valles y colinas, por ríos y lagos, por bosques y algaidas, por florestas, y praderas y no te dejaría perecer de niña, antes que presenciar la desventura de que soy testigo?... Pero bien sabes, lucero mío, que la mujer no tiene voluntad propia en nuestra raza; ella no hace más que someterse á la fuerza del destino que le es imposible resistir, y déjase arrastrar por el torrente fatal de terribles acontecimientos. Bien sabes que Ujukuma es el más temible de los brujos del desierto: él me ha hechizado por una parte, y me ha obligado sin que yo quiera, á entregártele: por otra parte, ¿que habría sido de tu pobre madre, de tu familia, de la tribu toda del Copataza, si yo no me hubiese sometido á la voluntad del famoso hechicero?... ¡Ah! Sapikia mía, tus encantos, tu amor tierno y delicado, tu diligente servicio quizá muden el carácter brutal del viejo, y te llegue á amar como á la más querida de sus mujeres.

—¡Oh, madre! eso es imposible: bien sabes que ni seis mujeres juntas pudieron calmar su glotonería, y esto fué, en gran parte, motivo de matarlas; y ¿cómo quieres que yo sola pueda contentarlo?

Mezcláronse largo rato las lágrimas de la madre y de la hija: ésta tomó sus gargantillas de chaquira, un *tarachi* nuevo que había podido conseguir con su propio trabajo, una pequeña calabaza, como pomito, que contenía el color rojo de achiote para pintarse, recibió algunas gargantillas de chaquira y alas de moscardón, como recuerdo de la madre, recogió en una canasta los trapos viejos que había dejado Ujukuma, y luego tomando entre las finas manos dos collares de dientes de mico, los miró con dulzura inefable, sobre ellos cayeron torrentes de perlas blancas como la aurora, los besó con amor, estrechólos al pecho fuertemente, tornó á besarlos, y entregándoles á la madre añadió:

—Son prendas adoradas de Chingi, devuélvelas diciéndole que Sapikia se acabó eternamente para él...

En seguida cargando la canasta á las espaldas, sumergida en un océano de dolor, llorando y sollozando internóse en el bosque y desapareció, como una exhalación, tras las huellas que dejaran las plantas del malvado brujo...

Días después Indachi, de cincuenta años de edad, casado con la jivara Chinako, de treinta años, tan repugnante como Ujukuma, aunque menos malvado, presentóse á Chingamalia solicitando la mano de la tierna y cuitada Elena.

Al siguiente día Elena seguía las pisadas de Indachi y su compañera.

No mucho después Chingamalia misma, joven aún, vióse obligada á abandonar sus lares y pintorescas orillas del Copataza para trasladarse á lejana tierra, en pos de Chamiko, que le adoptaba por esposa contra su propia voluntad...

¡Ah, joven cristiana! agradece y ama de todo corazón la Religión santa de Jesucristo y las divinas enseñanzas de la Iglesia que te han dado el honroso y elevado trono que te cabe, si sabes merecerlo, en la sociedad católica. No así fuera del Cristianismo; la mujer, débil por naturaleza, lleva en pleno siglo XIX, y ha llevado siempre, la peor parte; no es considerada sino como esclava. Sin hablar de las abominaciones é infamias del monstruoso Paganismo, así fué aun en la sacrosanta religión del Judaísmo antiguo; así lo es actualmente en Asia, Africa y hasta en Europa, y acabas de ver lo que es entre los salvajes de América.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

II

Una fiesta católica en Christianssand.—El litoral.—La Misión de Stavanger.—Necesidad de misioneros.—El Hardangerfjord

EL domingo, 24 de Febrero, día fijado para la bendición de la capilla y hospital de Christianssand, lo fué de verdadero triunfo para nuestra santa Iglesia.

Mucho tiempo antes de comenzar la ceremonia millares de personas se estrechaban ante la puerta del nuevo santuario, y cuando precedido de la cruz y acompañado de mis los sacerdotes asistentes di la vuelta para rociar las paredes exteriores, las lágrimas humedecieron mis ojos á la vista de aquella multitud respetuosa que, por vez primera después de tres siglos, veía á un obispo católico con las insignias del verdadero pastor: el báculo y la mitra.

No quedé menos conmovido al entrar en la capilla, y advertir que ocupaban un banco de honor el gobernador de la provincia, el alcalde, el prefecto de policía, el presidente del colegio médico y otras Autoridades de la ciudad: protestantes todos, quisieron atestiguar su respeto al Obispo católico y las simpatías que les merecían sus conciudadanos fieles á nuestra Religión. No distamos mucho de los tiempos en que el misionero estaba desterrado de Noruega bajo pena de muerte, en que cualquier católico que se hubiese aventurado en el país habría sido encarcelado, y en que aun el nombre católico era menospreciado y objeto de burla. Aun cuando nuestra Misión no hubiese obtenido otro resultado que este cambio completo de la opinión pública en favor de nuestra santa Iglesia, tal éxito debiera considerársele milagroso.

Ante público tan numeroso y simpático no me fué difícil hallar las palabras para explicar el sentido de nuestras conmovedoras ceremonias. Los objetos del culto, que la vista encuentra en la iglesia católica, me proporcionaban ocasión de exponer todos los puntos en

que el Protestantismo está en desacuerdo con nosotros. Concluí exhortando á los protestantes á unirse con nosotros, en una ardiente súplica, para que por fin Noruega vuelva al seno de la Iglesia madre, de la que separaron á sus padres la astucia y violencia de príncipes extranjeros.

Después del Oficio el señor gobernador me dijo:

—Ilustrísimo señor, rogaremos con vos para que se cumpla la plegaria de Nuestro Señor: *Ut unum sint*; y si no me engaño, no tardará un siglo en que este voto sea realizado.

Los diarios protestantes no se mostraron menos benévols. El *Fædrelandsvennen*, por ejemplo, publicó casi todo mi discurso.

„Su ilustrísima, dijo al empezar, habló pesando maduramente sus palabras, y su tranquilidad era testi-

monio de una persuasión inquebrantable. No recurre á ese género de elocuencia que arrastra á una asamblea, sino que obra sobre sus oyentes por los argumentos, y su persona misma inspira completa confianza en sus palabras. Se dirigió á la mayoría de la asamblea, que no pertenecía á Iglesia católica, y todo su discurso fué una apología de la doctrina de esta Iglesia.”

En Noruega estamos acostumbrados á que nos traten con esta benevolencia los periódicos protestantes, que deberían naturalmente ser nuestros adversarios. ¡Ojalá que en los países católicos los adversarios de la Iglesia imitasen este ejemplo! Debe atribuirse esto á que en el fondo estos protestantes son más católicos que muchos de los hijos perversos de la Iglesia.

Después del sermón celebré la Misa, á la que asistieron todos con edificante recogimiento. Terminado el Santo Sacrificio, administré la Confirmación, seguida de otro sermoncito.

Por la tarde fué todavía mayor la concurrencia. Después del canto del *Veni Creator* me dirigí en hábitos pontificales y procesionalmente al hospital, donde acompañado de las Hermanas y del Cuerpo médico de la ciudad, procedí á la bendición del establecimiento. Los enfermos lloraban de gozo viendo la solicitud con que la Iglesia católica cuida de los infelices. De regreso á la capilla, hablé á los asistentes de la caridad que la Iglesia inspira á sus hijos, y de esas almas angélicas que, fieles á la voz del Señor, dejan los padres y la patria, renuncian á su fortuna, á todo esposo mortal y á sí mismas, para dedicarse sin reserva á la asistencia de los enfermos y los pobres. No les oclaté que las Hermanas instaladas en medio de ellos, eran misioneros elocuentísimos y por consiguiente muy peligrosos, porque predicán, sino con la palabra con el ejemplo. Si logran disipar los prejuicios que tres siglos de calumnias han amontonado contra la Iglesia, á la cual sin embargo la antigua Noruega debe su fortuna y su gloria, se considerarán doblemente felices, y se felicitarán de ello los mismos habitantes de Christianssand.

Por la noche la superiora provincial, el reverendo párroco y yo tuvimos el gusto de ver reunidos en la casa parroquial, donde les ofrecimos una modesta cena, todas las Autoridades que



NORUEGA.—Joven del Hardangerfjord en traje nacional. (Pág. 229)

habían honrado nuestra fiesta con su asistencia. Todos contestaron con entusiastas aclamaciones á mi brindis colectivo por el Padre Santo y S. M. el Rey, y en una serie de brindis el señor gobernador y otros altos funcionarios nos dieron gracias porque habíamos venido á establecernos entre ellos, y especialmente porque las Hermanas habían fundado un asilo para los enfermos.

El día siguiente procedí á la visita canónica de la parroquia y á la erección del *Via Crucis*. Esta vez la multitud fué también compacta. Un banquete organizado en mi obsequio, dió remate á la fiesta.

Todo permite esperar que estos días harán época en la historia eclesiástica, no sólo de esta importante ciudad marítima, sino también de todo el Sur de Noruega, del que Cristianssand es hasta hoy el único centro católico, al mismo tiempo que sede de un obispo protestante.

Si Cristianssand es importante, más lo es todavía la ciudad de Stavanger. Para ir á ella tiénese que navegar á lo largo de una de las costas más ásperas y peligrosas de Noruega. La costa meridional, en efecto, es un conjunto de rocas descarnadas por las tempestades, y los cabos Lindesnaes y Listerland no parece se adelantan en el mar sino para obligar á los buques á aventurarse en medio de mil y mil islotes y escollos, en gran parte ocultos sólo por algunos pies de agua. ¡Ay del buque sorprendido en estos parajes por una tempestad ó por la niebla, tan frecuentes en esas aguas y más peligrosa aún que las tinieblas de nuestro invierno!

Esta costa, lo mismo que la de Jæderen, algo más lejos hacia el Norte, cuenta todos los años más naufragios que todo el resto del litoral noruego, y como las peñas son casi por do quiera perpendiculares, los naufragos comparten con harta frecuencia la suerte de los buques, aunque el Estado y Sociedades particulares sostengan allí muchas estaciones de salvamento.

Pocos años hace acompañaba yo á Bergen algunas Religiosas que vinieron de Francia para instalarse en esta última ciudad. Como el mar estaba en calma y las Hermanas no tenían novedad, fui á descansar en mi camarote. Dormía ya profundamente, cuando me despertó una violenta sacudida; de la que no hice mucho caso, pues por gracia especial, ni siquiera sufro el mareo. Sin embargo la superiora de las Religiosas, prima hermana mía, vino á buscarme exclamando:



NORUEGA. — Desposada del Hardangerfjord. (Pág. 230)

—¡Pronto, pronto, venid á oír nuestra confesión, pues vamos á perecer!

Asustado, acudí en auxilio de las Religiosas, reunidas en el salón y preparándose á la muerte.

Pero, al mismo tiempo que yo, llegaba el capitán.

—Estad tranquilo, me dijo, ya no hay peligro, pues vamos á entrar en el puerto de Farsund, donde pasaremos el resto de la noche. Verdaderamente esta roca que nos ha sorprendido tan de repente hubiera podido ser fatal para nosotros en estas aguas sembradas de escollos ocultos.

Después de haber abordado en el bonito puerto de Flekkefjord, pequeño paraíso con un marco de rocas cuya sola vista causa vértigos, llegamos por último á Ekersund, ciudad de tres mil habitantes, desde donde

un tren nos condujo en dos horas directamente á Stavanger, permitiéndonos evitar el rodeo de Jæderen.

La comarca es un verdadero desierto. Al principio el ferrocarril tiene que abrirse paso entre las inmensas piedras erráticas de granito que, en los tiempos prehistóricos, acarrearón allí los ventisqueros. Más lejos desemboca en una de las raras llanuras de Noruega, cubierta hasta donde alcanza la vista de brezo, piedras y pantanos. A pesar de su desolación hay en esta llanura una población numerosa, que únicamente se sustenta con el producto de pocos rebaños de vacas y de los restos de los buques que se estrellan contra la triste costa de Jæderen.

Esta población es profundamente religiosa, como, en general, todas las poblaciones noruegas; pero profesa un pietismo extravagante. Por una parte, juzga dignas del fuego del infierno las diversiones más honestas, y por otra disculpa los más vergonzosos desórdenes. Estos habitantes expulsarían de su seno á un ministro que se permitiese tocar el piano, ó bebiese un vaso de vino ó de cerveza, y hace tres años veneraron como mártir á un predicante que era á la vez miembro influente de la Cámara de Diputados, y que se vió obligado á confesar en plena iglesia que había cometido inmundicias sin nombre en su propia parroquia. Cuando el Gobierno le hubo depuesto, sus fieles, satisfechos por su confesión pública, le construyeron una magnífica capilla, donde continúa siendo el pastor de sus almas. ¡Infelices almas! ¿cuándo los apóstoles de la verdad podrán venir á dar buena dirección á vuestros impulsos, en el fondo tan generosos?

La población de Stavanger adolece asimismo de este género de pietismo. Hasta el presente no hemos podido establecernos por allí por falta de sacerdotes y de recursos, y lo lamentamos mucho, porque esta ciudad, que no cuenta menos de veinticinco mil habitantes, es una de las localidades marítimas más importantes de Noruega. Millares de excursionistas extranjeros parten de ella para visitar el inmenso ventisquero Folgefonden y el pintoresco lago de Suldal, para entrar en el incomparable Soerfjord (*V. el grabado, pág. 224*), que forma el fondo del gran Hardangerfjord. Sólo para estos excursionistas y para los innumerables marineros católicos que abordan en Stavanger se necesitaría un sacerdote católico residente. El que está más próximo, avisado por telégrafo, tendría un día de navegación antes de llegar á Stavanger.

Juzgad por eso de la situación de los infelices católicos que habitan en estos parajes.

Hace siete años, poco después de mi llegada á Noruega, viniendo de Skudesnæs y de Vignæs en la isla de Karmøen, á donde había ido para que pudiesen cumplir con el precepto pascual los funcionarios y obreros católicos de las minas de cobre, abordé en Stavanger con el intento de buscar á los fieles que había en ella. Un fotógrafo protestante se puso generosamente á mi disposición para esta penosa tarea. A costa de las mayores fatigas encontramos antiguos católicos en número más que suficiente para formar el núcleo de una estación; mas ¡ay! los que no habían formalmente apostatado me declararon, no pocos con lágrimas en los ojos, que habían perdido la fe en los muchos años que

ningún sacerdote católico les había visitado. Hice cuanto estuvo en mi mano para volverles á la Santa Iglesia, pero como no podía prometerles que les señalaría un sacerdote, mis esfuerzos fueron vanos. Cuando á media noche volví al buque fué grande mi dolor viendo la impotencia en que me hallaba de hacer cosa de provecho en favor de aquellos infelices y de aquella antigua ciudad episcopal, cuya magnífica catedral católica está todavía en pie.

He aquí, pues, una diócesis entera á cargo de un solo sacerdote. Muy triste es para un celoso misionero, cargado con el altar portátil, divagar como un extraño por este antiguo país católico, y no encontrar á la sombra de su catedral ni siquiera un aposento donde celebrar el Santo Sacrificio.

El Señor parece que por fin atenderá mis súplicas.

Hace dos años que al partir de Bergen, en donde hice la visita canónica, un despacho me anunció que había un niño por bautizar en Sætersdal, valle casi inaccesible que va desde Christianssand hacia el Noroeste, y cuya población los mismos noruegos consideran como semisalvaje, á causa de su aislamiento casi completo del resto del país. Para evitar los gastos de viaje á lo largo de la costa, me decidí á entrar en el valle por el Hardangerfjord, á pesar de que, según me dijeron, era casi imposible pasar, en el mes de Septiembre, las enormes cordilleras que separan el Sætersdal de este fjord.

Uno de los innumerables vaporcitos que hacen el servicio de los fjords y de la mayor parte de los lagos, me llevó al más célebre de los fjords de Noruega.

El Hardangerfjord reúne, en efecto, todos los encantos y todos los horrores que hallanse esparcidos en los otros fjords. En nada se parece, como pudiera imaginarse, á un valle sumergido, más ó menos regular, introduciéndose en línea recta en el interior del país, sino más bien á una grieta gigantesca, cortada en el macizo del peñasco, y ramificándose por todos lados en hendeduras, la menor de las cuales pudiera dar abrigo á las flotas reunidas del mundo entero. Avanzando por ese dédalo sin fin, y á primera vista sin salida, créese á cada momento que el buque va á estrellarse contra una de aquellos muros que se levantan hasta una altura de mil quinientos metros. Pero á lo mejor el buque da una vuelta, y por una abertura imponente descúbrese nuevo mar y nuevos horizontes. Adelanta el viajero, y entre las peñas y el mar ve una faja de tierra fértil cubierta de feraces huertas y opulentas granjas, adosadas á sombríos bosques de abetos que se encaraman por las rocas, subiendo siempre, hasta que la vista deslumbrada se pierde en los ventisqueros relucientes, desde donde sinnúmero de cascadas se precipitan en el golfo en el cual se pasea el buque.

En donde quiera abordamos, toda la población acudía á saludarnos agitando los pañuelos blancos; sobre todo las señoritas, encantadoras con su traje nacional (*V. los grabados de las págs. 217, 221, 228 y 229*, nunca dejan de ostentarse ante los pasajeros).

Doce horas llevábamos de viaje, y nos internamos en el Soerfjord. Por fin llegamos á Odde (*V. pág. 225*), el Eldorado de los excursionistas extranjeros.

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

V.— Más sobre los fetiques

EL ombuiri es un genio invisible y perverso que no tiene otros amigos que ciertos fetiquistas afamados. En otros términos, es el espíritu maligno, el diablo.

Hay el ombuiri del aire, el del cielo, el del agua, el del pueblo, el de la casa, y sobre todo el de los bosques.

En general, este último habita las montañas y la cumbre de las colinas. Jamás mortal alguno violó su morada, pues de lo contrario perdería el gusto por la yuca, y el genio arrebataría su cadáver.

Así, el asombro de estas gentes no tuvo límites cuando uno de los antiguos misioneros de Lambarené subió por vez primera al pico más alto de la isla Azangui, donde nos hemos instalado. Todos los naturales creían inevitable un castigo para tamaño sacrilegio; pero han transcurrido doce años, y el castigo se hace esperar todavía...

Uno de los ombuiris del lago Onangué habita la peña que separa este lago de Oguemué. Pero allí también violó su morada un misionero, más cuidadoso de destruir la superstición y de demostrar á los indígenas lo ridículo de sus creencias, que de conformarse á cierta política oportunista que pretende que la civilización debe introducirse por sí sola en el país, respetando y favoreciendo todas las prácticas salvajes, ridículas, inmorales é inhumanas. Los negros recuerdan aún la audacia del celoso misionero, y la celebran, excepto algunos pocos que condenan su temeridad.

En el lago Avanga el ombuiri habita también una caverna donde se refugian los hipopótamos y cocodrilos, y allí yo mismo tuve que habérmelas con aquel diablo, atemorizador de cobardes.

Nuestra piragua debía, según los ritos, pasar esta roca por la derecha, y los remeros, por su parte, tenían entonces que desviar la vista; de lo contrario, ¡desdichados de nosotros!

Como solamente me acompañaban jóvenes cristianos, quise pasar por la izquierda y abordar la roca.

—Abordad la roca del ombuiri.

—Imposible, Padre, el ombuiri nos comería.

—¿Acaso sois débiles mujeres? ¡Cómo se conoce que no sois aún cristianos, y que permanecéis en el Paganismo!

—Perdón, Padre; ¡pero este ombuiri se ha comido á tantos!

—¡Ea, adelante! yo mismo dirijo el gobernalle. ¡Valor, y venceremos!

Llegamos al punto tan temido, y al momento piso el lugar sagrado. Mas he aquí que cuando Mathurin, un muchacho de la Misión, salta de la piragua á la roca, un enorme hipopótamo sale de su caverna dando gruñidos formidables.

Imaginando que era el ombuiri, los remeros se ale-

jaron en la piragua, desoyendo mis llamamientos, y dejándome solo con Mathurin. ¿Qué hacer? Eran las cinco de la tarde, y si pernoctábamos allí, ¿quién vendría á buscarnos el día siguiente? Así grité á los muchachos:

—¿No venís, pues, á buscarme? ¿qué teméis?

Uno de ellos contestó ingenuamente:

—¡Estamos esperando!

—¿Qué esperáis?

—¡Que... que... que seas comido!

Entonces disparé dos tiros de fusil contra el hipopótamo sagrado, que volvió á su caverna á toda prisa.

Hasta las siete mis compañeros, más muertos que vivos, no vinieron por fin á sacarme del palacio del temido monstruo.

En el pueblecito de Nya-ni-dyonga (comer y beber) vi cierto día una choza de dos metros de largo por uno y medio de ancho, rodeada de fetiques, ceniza, cabezas de monos y cabritos. Miré por la ventana, y vi que una mujer se me acercaba con las manos crispadas con el visible intento de arañarme.

—¡Huye! exclamó el jefe: está poseída por el ombuiri, y te matará.

—Si no es más que el ombuiri, contesté, nada temo.

La posesora se echó al suelo con espantosas convulsiones.

—¡Vete, me dijo, vete, que me haces sufrir!

—¿Cómo! ¿yo te hago sufrir? ¡En otro tiempo asistías tan satisfecha á mis explicaciones de Catecismo! (Entonces acababa de reconocerla). ¡Ea! pronuncia el nombre de Dios.

Repitió:

—*Anyambie* (Dios), pero haciendo un espantoso gesto, como si hubiera querido comérsese con los ojos.

—Pronuncia ahora el nombre de Jesús.

—Este nombre no lo amo.

—¡Ah! ¿no amas á Jesús? Sin embargo es el Salvador del mundo, es tu amigo. Debes amar y bendecir su nombre...

Entonces dijo:

—¡Jesús!

—Está bien. Pronuncia también el nombre de María; pronúncialo con amor.

—¡Ah, nunca! ¡me infunde mucho miedo!

—¿Cómo es eso? Tú sabes bien que es el nombre de una mujer muy amorosa y buena.

La infeliz mujer, que temblaba como un azogado, me dijo:

—¡Vete! ¡Sí, vete pronto, vete!

Costóme indecible trabajo ponerle al cuello una medalla de la Santísima Virgen, pues hacía esfuerzos para arrancarla.

Luego coloqué otra medalla á la puerta de la choza, y partí.

El día siguiente volví con los muchachos, y todos nos arrodillamos para rezar devotamente el Rosario. Al mismo tiempo rocié con agua bendita la choza y á la energúmena, que al fin consintió en pronunciar el nombre de Aquella que es para el demonio *terribilis ut castrorum acies ordinata*.

Diez días después el ombuiri dejó libre á aquella mujer, que es hoy cristiana, y se llama Julia Nkogu.

Para apaciguar al ombuiri los indígenas cantan, bailan y tocan el tam-tam. Ofrécenle asimismo gallinas, cabritos y carneros en sacrificio.

Los *ilogos* son fetiques protectores contra las balas, las enfermedades y los maleficios, pero sobre todo contra los espíritus malignos que se escapan del corazón de ciertos individuos para ir á comer víctimas humanas.

En todas las viviendas de los paganos sin excepción hállanse *ilogos* encerrados en cuernos de buey ó antílope.

Como el *ntilo* están hechos con la grasa del cuerpo, la savia del árbol *ngandija*, y cabellos y uñas. A veces son saquitos cosidos con hilo de ananas y rodeados de plumas de papagayo; otras cadenillas de hierro, latón y cobre, ó huesos cuya medula han reemplazado con cisco ó ceniza de un antepasado. Con frecuencia es un diente de tigre ó de caimán, una garra de tortuga, una crin de elefante ó un pañuelo saturado de los sa-

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXIII

Kokanaya, Bakuza, Deir-Seta

TOCANTE á las ruínas de Kokanaya pudiéramos escribir muchas cosas que no nos cansamos de admirar, pero que después de lo que precede alguien pudiera cansarse de leer. En ninguna de las poblaciones visitadas se destacan mejor las calles por las habitaciones y están menos interceptadas por las ruínas. Triste es, sin embargo, pasear por esa red de calles y callejones sin ventanas, donde sólo alguna que otra vez anchas puertas dejan ver un interior que place á la vista.

Sobre una de estas puertas que dan al patio de una casa con pórticos de simples pilares cuadrados, léese



SIRIA.—Baqusa: Testero de iglesia (siglo VI) (Pág. 233).

libazos de la fetiquista. ¡Desdichado pueblo! Mas ¿debo decirlo? hay europeos que no dejan de hacerles coro: conocí uno que tenía su ilogo en la puerta de su habitación: otro llevaba sobre el pecho una mandíbula de sapo, y de esta suerte asistía á las reuniones de los negros, ó salía á comerciar fuera de la factoría. Dijéronle que se colgase al cuello una cruz, y acogió la propuesta con una burlona sonrisa: ¡la mandíbula de un sapo era otra cosa!

en griego una inscripción en que el arquitecto, satisfecho de su obra, deja su nombre á la posteridad, al mismo tiempo que atribuye al Señor la gloria de su talento:

«Levantado por el poder de Dios y de Cristo, el primer Laus del año 479. Domnos, arquitecto.»

La fecha corresponde al 1.º de Agosto de 431.

A cada lado de la inscripción hay rosetones aljofarados, y en uno de ellos el monograma de Cristo.

Encantadora en su sencillez es una casita de agricultor, aislada junto á un olivar. Consta de una sola pieza, á la que se sube por una escalera exterior, labrada de un soló bloque inclinado. En los bajos hay el establo, con dos aberturas al Norte, separadas por una columna. Un arco interior, de uno á otro muro, sostiene las losas del techo. Es una elegante pieza de columnas desiguales, una deliciosa capilla del siglo VI, cuyo testero reproduce la forma interior.

Como en los otros lugares, los sepulcros están inmediatos á las habitaciones. No sé por qué al lado de tan bonitas casas los arquitectos construyen tumbas tan poco vistosas, pirámides macizas sostenidas por grue-

tioquía, recibieron los primeros el nombre de cristianos. El piadoso Eusebio quizá era también un ciudadano de Antioquía.

Baquza no está muy lejos: llégase á ella en tres cuartos de hora por un camino generalmente llano, que parece ser la antigua vía encontrada más arriba. La casa que hay á mitad del camino es muy singular en este país. Su fachada en la calle, sin pórticos, con doble hilera regular de ventanas cuadradas, rodeada cada una con una faja de molduras en esta forma Π , le dan el aspecto de una casa europea del siglo XIII. Sin embargo, es de la época de las otras ruínas de la comar-



SIRIA.—Deir-Seta: Iglesia de principios del siglo VI. (Pág. 234)

ses pilares y cobijando sarcófagos cubiertos de dibujos geométricos de mal gusto. Sin embargo, el monograma sagrado ocupa siempre el lugar de honor.

Una tumba sencilla ofrece especial interés. En el exterior de ella no se ve más que la tapa y una fosa vertical, que termina en una cámara funeraria de dos tumbas donde, sobre uno de los arcosolias, léese en griego:

«A Eusebio, cristiano. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

«Año 417, 27 Lous.»

Esto es, el año 368 ó 369 de Jesucristo.

El nombre de *cristiano*, al lado de una doxología manifiestamente cristiana, ¿no aparece aquí como un título glorioso que el difunto se honra en ostentar? Si bien no añade un concepto más, cuando menos nos recuerda que los discípulos de Cristo, convertidos por las predicaciones de Pablo y Bernabé en la ciudad de An-

ca, teniendo los acostumbrados pórticos en el interior. A este punto nuestro guía le da el nombre de Aduar, *casas*. ¿Es un nombre propio ó común? Lo ignoro.

El pueblo de Baquza está enteramente destruído, y sólo queda en pie parte de la iglesia, basílica de tipo común, con bellezas particulares. El testero del ábside, flanqueado por dos sacristías, se adelanta sobre el declive de un escalón de la meseta, sostenido por un sólido basamento. Es majestuoso, soberbio por su bellísimo aspecto, la pureza antigua de sus líneas y el vigor de su dibujo, que acusa con exactitud la disposición interior. Columnas salientes de las que sólo quedan las ménsulas, añaden esbeltez al conjunto. (*V. el grabado de la pág. 232*).

Deir-Seta, á poca distancia al Oriente, ofrece un buen bautisterio, aislado en una altura, á la entrada de la población. Llégase á él por una avenida empe-

drada que en otro tiempo la bordeaba el pórtico donde se cumplían con los catecúmenos los ritos preparatorios para el bautismo. El bautisterio es un exágono de diez metros de ancho. (*V. el grabado de la pág. 233*). En el centro hay un pozal de la misma forma que rodeaba la piscina bautismal, y de sus ángulos arrancaban probablemente las columnas de un pórtico interior.

Al extremo opuesto de la población hay la iglesia, bello edificio de 32 metros de largo por 20 de ancho, construido con soberbios sillares. Un testero rectilíneo disimulaba completamente la forma interior, y debía, no obstante, presentar magnífico aspecto sobre su basamento de tres metros de altura, con su hilera de columnas salientes de las que todavía subsisten las bases. Hállanse en el interior del edificio algunos restos de lápidas con el centro vaciado que cerraban las ventanas.

Cuatro ó cinco familias habitan las ruínas, lo que quiere decir que las antiguas habitaciones están en gran parte destruidas. Restan, no obstante, trozos de algún interés. Sobre la puerta de una de ellas una inscripción del año 411 de Jesucristo, afirma ante los paganos la unidad y la universal Providencia de Dios:

«Un solo Dios, que á todos atiende.»

El pueblo de Deir-Seta señala el límite del grupo meridional de las ruínas cristianas: no hay más que bajar el postrer escalón de la meseta para entrar en la llanura de Edlip. Nuestro viaje de arqueología cristiana está casi terminado.

Hemos visitado cuarenta y cinco centros de ruínas cristianas de los siglos IV, V y VI, y hemos visto de lejos unos treinta. El total tal vez no abraza más de la mitad de las poblaciones arruinadas que subsisten entre Alepo, Antioquía y Apamea, pues sólo hemos recorrido una línea circular en el interior del triángulo. El número de habitaciones y sepulcros es allí incalculable, y el de iglesias ó capillas, sin exageración, pareceme puede estimarse en unas trescientas.

Después de lo que hemos referido de nuestra visita á estas antiguas poblaciones, punto de reunión de la rica sociedad cristiana de Antioquía durante más de dos siglos, el lector juzgará esta sociedad algo mejor de lo que le pareciere por la lectura de los sermones de San Juan Crisóstomo.

En estas ruínas, en efecto, Dios y todo lo que se relaciona con su culto tiene lugar preeminente: la iglesia es espléndida; la morada del hombre es simplemente bella, útil en todos sus pormenores, cómoda sin refinamiento. La fe ardiente, la no embozada piedad del propietario se hallan manifiestas en el exterior, y en ninguna parte se revelan la sensualidad, la vanidad ni el orgullo. No se encuentra allí una figura ni una inscripción que puedan ofender la delicadeza ó el pudor: la piedra sólo conserva textos sagrados, sentencias y oraciones dignas de sólidos cristianos.

No debemos asombrarnos de que San Juan Crisóstomo, joven sacerdote de Antioquía, orador ardiente, alentado por la confianza del obispo Flaviano, y cora-

zón rebotando de celo por la virtud, exagerase su pintura de costumbres, á fin de poner más de relieve el lado reprehensible. El orador y el maestro sabían muy bien que el oyente sólo se aplica una pequeña parte de sus reproches. Así se juzgaría mal á los monjes de San Bernardo tomando al pie de la letra los apóstrofes que éste les dirige en sus brillantes exhortaciones.

XXIV

Regreso á Hamah

Al extremo de la llanura, y en lo alto de una colina aislada, en la que se ven multitud de grutas, hay la aldea de Harbanuch, á la que nos acercamos por si contenía alguna inscripción. Hallamos á los vecinos muy atareados. Los arrendatarios del diezmo, los particulares que, siguiendo la práctica universal en Turquía, compraron en subasta el diezmo de la aldea, llegaron con una escolta de soldados, y median los montones de trigo en la era común. Muchos campesinos se quejaban de los fraudes con que se les perjudicaba, y no era éste, por cierto, momento oportuno de hablarles de piedras antiguas.

El camino de Edlip pasa por la populosa villa de Ma'arrat-Mucrim, situada entre campos de sésamo y olivos. Parte de aquellos ricos campos, según nos dijeron, son propiedad del Sultán. Su majestad Abdul-Hamid coloca su fortuna personal en los mejores terrenos de su imperio.

Edlip es verdaderamente una ciudad, con extensos bazares, fábricas de jabón y de tejidos: la industria ha sido causa de que se establezcan en ella algunas familias de cismáticos griegos.

Se camina luego una hora á la sombra de los olivos, y el suelo preséntase en seguida pelado y árido. Riha se muestra al pie de la punta septentrional de las montañas del Sur: sus calles están empedradas, muchas de sus casas bien construidas, y en una plazuela hay una fuente de agua límpida y abundante.

El sendero que debe conducirnos á Ma'arrat-en-No'aman sube en declive por el último contrafuerte de la montaña, deja á la derecha en la altura las ruínas cristianas de Ktellata ó Kefr-Lata, ocultas entre árboles corpulentos, y dirígese al Sur siguiendo el pie oriental de los peñascos. Al paso hallamos muchas ruínas que no remontan al parecer más allá de la Edad media, y al cabo de hora y media de marcha descansamos en la aldea de Montif, junto á un riachuelo que mana de la peña. Parece que todas las aguas del monte convergen á la parte del Norte: no hemos visto una fuente en los otros puntos, y aquí abundan. Los habitantes nos dicen que la de Kefr-Lata es aún más considerable que la suya.

En el monte inmediato al pueblo hay una torre arruinada, antiquísima según parece, y se nos habla de bellas ruínas cristianas, sitas más lejos en la altura, así en Ferkia como en Maghara y otros puntos. La prisa del regreso nos impide visitarlas, lo que sentimos mucho, pues ciertamente aquellas ruínas son muy poco conocidas, toda vez que no las cita ningún viajero.

Junto al camino de Rueiha y en un lugar llamado Kieh visitamos vastas grutas labradas por el hombre

en un enhiesto peñasco, y dicennos que fueron un convento ó una laura de ermitaños.

La ruta de Ma'arrat-en-No'aman á Hamah es la que desde el siglo XIV siguen todas las caravanas. Durante cuatro horas no se encuentra pueblo alguno; sólo algunas arruinadas torres de los sarracenos aparecen en las alturas como centinelas perdidos en otra edad.

Por fin he aquí un pueblo agrupado en torno de un montecillo redondo y que semeja obra humana. Es Khan Cheikun, la estación obligada de todos los viajeros, músicos y camelleros.

Khan Cheikun es, en efecto, la antigua estación de Capareas, indicada en el itinerario de Antonino (1). Pero ¡qué miserable etapa! El vasto kan de piedra no es más que una ruína; su receptáculo de las aguas de invierno está seco; las casas son de boñiga, y las calles depósitos de polvo, donde todas las noches acampan caravanas de camellos, mulos y asnos.

Dos leguas más lejos vense á izquierda dos oteros, Tell-Latmin y Tell-Murreh, importantes sin duda en otro tiempo, donde hay restos de murallas, columnas y numerosas cisternas (2). El camino sigue luego al pie occidental de ribazos sin regetación alguna, y pasa delante del pueblo de Taiyleh, cuyos árboles, mezquita y elevado alminar blanco animan un poco el sombrío paisaje de esos campos sin verdor. Otro pueblo hay aún al pie de los ribazos: es Khumaneh, y la vista se extiende luego por el profundo valle del Oronte, ancha cinta de verdor y de agua: pronto se descubre Hamah detrás de una sinuosidad de la ribera.

¡Qué contraste entre esta vulgar ciudad musulmana y las soberbias poblaciones cristianas que acabamos de visitar! Sus ruínas dicen á todos, como la piedra de el-Barah: «¡Cristo siempre triunfa!» *Christos aei nika!* aun cuando se le trata como vencido.

SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

A MEDIDA que la acción del apostolado se extiende y se generaliza, se aumentan también los medios y recursos que como auxiliares necesarios utiliza. Así la extensión de las Misiones á los países más remotos y desconocidos de la tierra pide mayor número de operarios evangélicos dotados de mayores y más numerosos elementos espirituales y temporales, y estos operarios á su vez necesitan y reclaman mayores auxilios de oraciones y limosnas. Además de esto, hay en la actualidad planteado un problema importantísimo para la salvación de las almas, y es: la unión de todas las Iglesias del Oriente con la del Occidente, bajo el báculo de un mismo y único Pastor, que es el Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo en la tierra. El Padre Santo ha encomendado principalmente á la Obra de la Propagación de la Fe el resultado de esta empresa pacificadora, y nosotros debemos acogerla con fervor y honra, ayudándola y favoreciéndola con nuestras oraciones y limosnas: con oraciones para alcanzar del cielo las luces necesarias para extenderse y conciliarse haciendo el sacrificio del orgullo y del amor propio; y con limos-

nas para fomentar y sostener los Centros del apostolado y Seminarios de Misiones, de donde saldrán ilustrados y fervorosos sacerdotes que prediquen á los de Oriente y á los del Occidente, á las Iglesias griegas y latinas: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo.»

Tampoco hay que olvidar que la acción del apostolado se extiende á todas las partes conocidas de la tierra, y que las frecuentes discordias y revoluciones en los países infieles dan á lo mejor al traste con la obra de muchos años, destruyendo cristianías, arrasando sus humildes templos y moradas y asesinando á santos misioneros, conversos y catecúmenos. Razones son estas que reclaman aumento progresivo en los auxilios que el mundo cristiano debe de prestarle, á fin de reparar aquellos dolorosísimos desastres de las Misiones, y de llevar la luz del Evangelio á los más escondidos parajes de los bosques y de las selvas, para que en todas partes se rece el mismo Credo de la fe y se adore á Jesucristo.

La Santa Obra ha tenido el año último alguna alteración en sus resultados, y como los tiempos son cada día más difíciles y las necesidades más urgentes, conviene é importa fomentar la subscripción de una Obra que llena de consuelos á la Santa Iglesia, que sostiene la esperanza de los que viven sumidos en la infidelidad, que se une con lazos de amor y de caridad á las Misiones, y que siendo como es tan del agrado y para honra de Cristo, sirve de segura garantía para la eterna salvación de los que en ella tomen parte.

La Junta de dicha Obra al dar cuenta del resultado de la recaudación en 1895, hace las siguientes consideraciones:

«Nuestra recaudación ascendió en 1894 á 6.820,164'43 francos, y en 1895 sólo llegó á la cifra de 6.587,049'49 francos, ó sea un déficit de 233,114'94 comparado con el ejercicio precedente.

«Ciertamente pudiéramos explicar este resultado atribuyéndolo á varios motivos; recordando, por ejemplo, esa multitud de obras de creación reciente que la desventura de los tiempos impone á los católicos de casi todas las naciones para la defensa local de la fe: sin embargo, refiriéndonos á las cifras de 1884 y cotejando ambos ejercicios, resulta que la Francia católica, á pesar de sus tribulaciones, nos ha dado 240,000 francos más que el año último; que España, merced al celo ilustrado y activo de su Junta de Señoras, ha continuado su movimiento ascensional; en una palabra, que las naciones de Europa han conservado á corta diferencia sus posiciones. La Encíclica que el Padre Santo se dignó dedicar á nuestra Obra, ha dado en resumen sus frutos en nuestro viejo continente. Promulgado y recomendado por los Obispos, este venerable documento ha sido acogido con respeto y obediencia; y no obstante la crisis comercial y las exigencias del cambio, el presupuesto de Europa se cierra todavía con sobrante. Desgraciadamente, por razones diversas, y á consecuencia del retorno á Francia de nuestros queridos Delegados, Méjico, que en los últimos años contribuyó no poco á la prosperidad de nuestra Obra, nos ha enviado en 1895 ofrendas consoladoras sin duda, pero notablemente disminuídas: esta es la única explicación del déficit.»

(1) Vessel, pág. 194.

(2) Seetzen, *Reise*, I, págs. 9 y 12.



SIRIA.—Deir-Seta: Bautisterio del siglo VI. (Pág. 234)

DON MIGUEL UNIA, SALESIANO

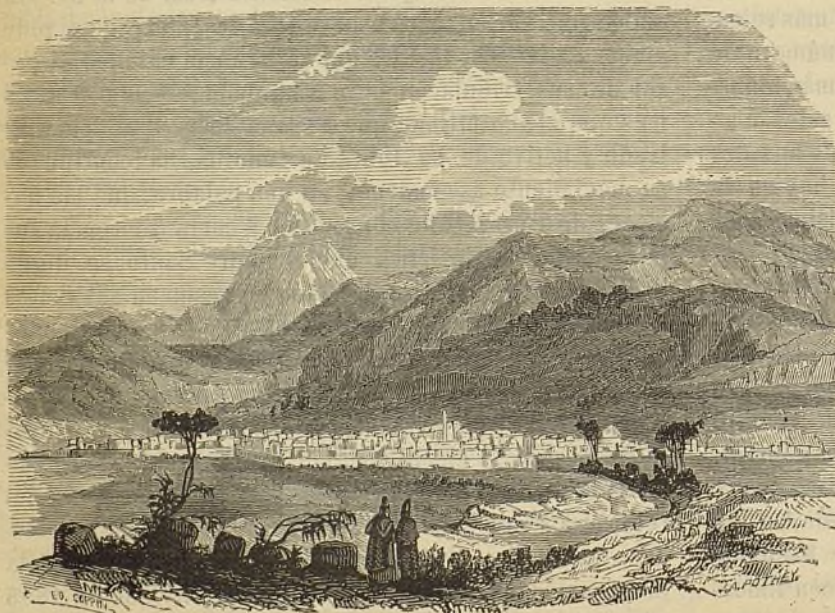
SIN que hayan desaparecido de América las Ordenes religiosas que tanto han trabajado en la conversión de los indígenas con los PP. Pedro Claver, Cipriano Barace, Ancheta, Francisco Solano y otros, la Congregación del piamontés Don Bosco, el San Vicente de Paúl de nuestro siglo, ha ganado ó va ganando para

la fe y la civilización cristianas multitud de tribus incultas, á quienes enseña la agricultura y los oficios manuales, las primeras letras y la urbanidad, y contesta con asombrosos hechos á los librepensadores y masones. Pero estaba reservado á Unia, el apóstol de los leprosos, dar el ejemplo de una extraordinaria caridad, que jamás se había visto en la moderna república de Colombia.

Había nacido el misionero en Roccaforte, provincia de Cuneo, en el Piamonte, en 1849. Tenía veintisiete años cuando, llamado de su vocación al estado eclesiástico, entró en la casa de San Pierdarena, cerca de Génova. Sólo en 1882 fué admitido, después de sus estudios al presbiterado en la casa de San Benigno, próxima á la capital del reino de los Saboyas.

Pasó de aquella Congregación á las de Luca, Penengo, Migliano y Sabino, sirviendo sus virtudes de motivo de admiración á los más avanzados en edad, no sólo por su aprovechamiento en las escuelas, sino por los servicios más humildes y aun verdaderamente repugnantes á que se dedicaba.

El nuevo Continente llamaba con sugestión irresistible á las puertas de la caridad y del celo del joven apóstol. En 13 de Febrero de 1890 llegaba á Colombia.



PERSIA.—Teherán. (Pág. 237)

Ni la instrucción, ni la predicación, ni el trabajo manual le parecían labores despreciables; pronto estaba siempre, despojado de su voluntad, á obedecer los mandatos de sus superiores. Era como cayado en mano de pastor y como flecha pronta á lanzarse del arco. Si se le mandaba consagrarse á los actos más extraordinarios de caridad, allí estaba el P. Miguel encontrando deleite en lo que todos hubieran mirado como un tormento intolerable.

Había en aquellos hermosos países gran número de miserables leprosos. La enfermedad desplegaba su fuerza, como en todas partes acostumbra, en los países más favorecidos por todos los dones de la naturaleza, y las desgraciadas víctimas del mal, en *Agua de Dios*, lo mismo que en Molokai, de las islas Sandwich ó Hawai, se cebaba en los pobres, para quienes en vano sonreían los más encantadores paisajes.

La lepra en la Edad media cortaba todas las relaciones sociales, y en la misma nuestra, poco menos que entonces. El enfermo, cuando los órganos de la voz estaban destruidos, tenía que alejar á los transeúntes ó á los que le dejaban mala y escasa porción de alimento, con el lúgubre sonido de la carraca; pero no tenía quien, compadeciéndole, viviese con él, prodigándole, si no bastaban los servicios de la ciencia de curar, los inapreciables de la caridad cristiana. Pues el misionero italiano se establece en *Agua de Dios*, nombre que se ha hecho célebre en la nación colombiana. Aquel establecimiento y el de Contratación tomaron, con la solicitud del Padre, extraordinario desarrollo.

No estaba tan lejos de los grandes centros de población *Agua de Dios*, ni tan escasa era la caridad de los colombianos que no se admirasen las obras del buen Padre; así es que la favorecieron los fieles y las Autoridades con donativos y limosnas, pero de lejos, como también en la Edad media se trataba á los excomulgados, á quienes se servían los alimentos en el extremo de una larga caña. De un rey de Francia se cuenta que así era servido en su mesa, y el caso no fué único. Alguna vez tenía que dejar aquella mansión, que para el alma caritativa era como un paraíso, y entonces recibía de los pobres leprosos cartas como las de que tomamos los siguientes párrafos:

«Aquí no dejamos de pensar constantemente en V. R., porque la falta que nos hace es inmensa; porque teníamos en V. R. al padre que nos aliviaba las penas físicas, morales y espirituales; pero ante su bienestar nos resignamos á estar privados de su presencia.»

«Lo que más me abate y abruma mi corazón, dice otro, es la espantosa realidad de su ausencia. Todo, todo me sería soportable y llevadero si á lo menos pudiera gozar la satisfacción de verle. ¡Pero no tener ese consuelo siquiera! ¡Sea todo por amor de Dios!»

¡No sentir la enfermedad tanto como la ausencia del Padre!

¿Cuándo ni de quién se ha hecho un panegírico semejante?

Después de haber hecho tanto como el P. Damián en Sandwich, no tuvo la misma suerte el misionero salesiano; tuvo que dejar la América para que aun esta última satisfacción de acompañar á los enfermos toda la vida se le negase. Quedó tan quebrantada su salud,

que ya no podía esperarse permanente restablecimiento: sólo se fortalecía su espíritu contra la enfermedad, cuando recibía alguna carta como las expresivas que hemos citado.

Murió en Turín en 9 de Diciembre de 1895, bajo la protección de la santa memoria de D. Bosco y consolado por sus Hermanos. Apenas se supo en Bogotá este llorado fallecimiento, cuando la Junta de Beneficencia acordó dedicar al P. Unia una lápida de mármol en el Hospital de Agua de Dios y consignar el sentimiento que causaba la noticia á la Corporación oficial de la República. El Sr. Restrepo comunicó al reverendo P. Rúa, superior general de los Salesianos, el expresado acuerdo.

El cardenal Rampolla escribió la siguiente carta al P. Cagliero, procurador general de los Salesianos:

«Reverendísimo señor: Con verdadero disgusto he leído la triste noticia que V. R. me comunica en su carta del 11 del corriente, del fallecimiento del reverendo P. Miguel Unia, misionero salesiano, y si bien podemos esperar que los méritos que ha sabido conquistarse en Agua de Dios con el ejercicio de la más sublime caridad entre los leprosos, le habrán merecido las misericordiosas miradas del Señor, no he dejado, sin embargo, de elevar al cielo mis oraciones por el eterno descanso de su bendita alma.

«También el Padre Santo ha experimentado una gran amargura con esta muerte, y de buen grado concedió la pedida bendición apostólica al Superior general y á todos los Salesianos, especialmente á los misioneros.

«Al participárselo á V. R. me es grato aprovechar esta ocasión, para reiterar mis sentimientos de distinguida estima con que me repito de V. R. afectísimo servidor, CARDENAL M. RAMPOLLA.

«Roma, 13 de Diciembre de 1895.»

PERSIA

TEHERÁN.—ASESINATO DEL SHAH.—LOS BABÍS

LA ciudad de Teherán (*V. pág.* 236) es la residencia habitual de los soberanos de Persia. Contiene 150,000 habitantes en invierno, y sólo 40,000 en verano, porque la mayor parte en esta estación van á establecerse bajo tiendas en el llano de Sultanieh, en donde el Shah permanece también en una magnífica tienda para pasar revista á sus tropas. Las casas son de tierra, como casi en toda la Persia, y los muros ocupan un espacio bastante grande. La ciudad es cuadrada, y en el centro hay otro recinto también cuadrado, rodeado de murallas, que contiene el palacio imperial. Después de haber atravesado por medio de un puente levadizo el ancho foso que le rodea, se entra en un espacioso patio en el cual se eleva un mástil, en cuyo extremo se cuelga la cabeza de los ajusticiados. Una puerta de ladrillo da paso por un corredor obscuro á una sala de espera, desde donde se pasa por una larga avenida hasta la sala del trono, levantada sobre un terrado sostenido lateralmente por un muro de dos á tres metros de altura, y abierta como el escenario de un teatro. Las paredes de esa sala están adornadas de

arabescos y de inscripciones doradas sobre fondo blanco: dos altas columnas salomónicas de mármol verde sostienen el frontispicio. La luz penetra por el lado opuesto de la entrada, á través de vidrios de colores que forman dibujos de una elegancia y delicadeza admirables: el suelo está cubierto con una alfombra de Cachemira que, por lo fino del tejido y el brillo de las flores que lo adornan, deja atrás á los más hermosos chales de aquel célebre valle. El trono está colocado sobre columnas de mármol, de dos á tres metros de altura: otras cuatro columnas cubiertas de planchas de oro y de esmalte, puestas encima de las primeras, sostienen un dosel: millares de diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas brillan y deslumbran por todas partes.

En la tarde del día 1.º del presente Mayo, en el momento en que Nasr-ed-Din, Shah de Persia, entraba en el patio interior del santuario de Abdul Azim, situado á seis millas Sur de Teherán, recibió un disparo de arma de fuego, que le causó la muerte el mismo día.

Nasr-ed-Din había nacido el 17 de Julio de 1831, sucediendo á su padre en el trono en 1848.

Era el cuarto soberano de la dinastía de los Kadjara.

Hace pocos años había recorrido parte de Europa, visitando á París, Londres y otras capitales.

Gracias á estos viajes era muy conocido en Europa Nasr-ed-Din. Emprendió su primer viaje á este continente el 12 de Mayo de 1873, y no regresó á Teherán hasta el 6 de Septiembre. Remontó el Volga para trasladarse á Moscou y á San Petersburgo, y después de pasar algunos días en estas ciudades rusas se dirigió á Alemania, Bélgica y Londres; permaneció quince días en París, y por Suíza, Italia, Austria, Constantinopla y Tiflis se dirigió á Persia.

En 1878 visitó la Exposición Universal de París, y una vez en su patria publicó sus impresiones de viajes en un libro editado en la imprenta real de Teherán, y que fué vertido al inglés.

En 1889 hizo su tercero y última viaje á Europa, siguiendo el primitivo itinerario, ligeramente modificado.

El Shah, monarca absoluto, era una mezcla de patriarca y de déspota oriental. Implacable con los ministros ineptos ó corrompidos, hasta el extremo de haber presenciado la aplicación de una pena de cuatrocientos palos en las plantas de los pies á un consejero que se equivocó al calcular el presupuesto de ingresos; se ocupaba, en cambio, en dirimir y evitar litigios entre sus súbditos, concedía audiencia á cuantos lo solicitaban, y administraba justicia públicamente.

Vestía con sencillez y paseaba sin aparato ordinariamente por las calles de Teherán, y en las solemnidades aparecía con pompa verdaderamente oriental. Su airón ó *aigrete* de diamantes, su cinturón y su cimitarra, son célebres por la riqueza; su trono, el del gran Mogol de Delilia, es una maravilla, que por ser de oro y estar adornado con piedras preciosas vale muchos millones.

El difunto Shah deja veinte hijos, seis varones y catorce hembras.

El asesino del Shah, pertenece á la secta de los *babis*, que constituye una derivación del Mahometismo, fundada por el hagib Ali Mahomed.

Era éste á los diecinueve años célebre entre sus compatriotas por su oratoria y poderosa fuerza de argumentación.

Ali Mahomed ideó una reforma de la secta de Mahoma, y bien pronto se vió rodeado de numerosos discípulos que veían en Ali el espíritu de los antiguos profetas encarnado en él por la transmigración.

Llamáronle el *Bab*, que quiere decir la Puerta (de la verdad), y sus sectarios se apellidaron *babis*.

Los *babis* parten del monoteísmo mahometano. Dios es para ellos el Ser único, eterno é inmutable. La creación, como emanada de la Divinidad, es necesariamente buena; el mal en los seres y en todas las manifestaciones del universo es mero accidente no orgánico, y por tanto remediable.

El Estado-nación debe fundarse sobre una base á la vez teocrática, democrática y social, en el sentido que puede darse á esta palabra en Oriente. Los impuestos no serían obligatorios, dando cada ciudadano voluntariamente lo que estimara conveniente.

El *babismo* se separa en absoluto de la secta del profeta en lo tocante á la mujer, á la que reconocen personalidad propia, dignidad y una función social, condenando casi por completo la poligamia y el derecho á repudiar en los hombres.

Las mujeres *babis* pueden desempeñar las funciones sacerdotales, y tan es así, que uno de los más celosos apóstoles de la secta y que hizo numerosas conversiones fué una mujer, Kuret el Ain de Kaswyn.

El *babismo* promete á sus mártires la resurrección por medio de la transmigración del alma.

CRÓNICA

España.— «A las once de la mañana del domingo 3 Mayo, dice *La Propaganda católica*, de Palencia, tuvo lugar en uno de los salones del Palacio Episcopal, la Junta general de Reglamento de la Obra de la Propagación de la Fe. Presidióla el ilustrísimo señor Obispo, á quien acompañaban gran número de sacerdotes. El salón hallábase á la hora indicada completamente lleno de señoras asociadas á esta Obra, tal vez la más santa é importante de todas las obras cristianas.

«Arrodillados todos los asistentes ante un altarcito, en el que se destacaba el patrón de la Obra, San Francisco Javier, dió principio la sesión por las preces acostumbradas.

«Acto continuo la señora Secretaria dió lectura del acta de la Junta anterior, la que fué aprobada; la señora Tesorera dió conocimiento á la Junta de las cantidades recaudadas y de su inversión; se leyó también una relación remitida por la señora Presidenta general, en la que se daba cuenta del estado de la Obra de la Propagación de la Fe en las diócesis de España.

«Por este estado pudimos apreciar el incremento que obra tan agradable á Dios ha tenido en nuestra diócesis, puesto que ocupando en el año último el duodécimo lugar entre todas las diócesis, por la relación leída en esta última Junta, vimos que ocupa hoy el séptimo lugar.

«Por eso el señor Magistral, presidente de la Obra, cuando terminada la lectura de todos los datos estadísticos, tomó la palabra, empezó felicitando á nuestro reverendísimo Prelado y á todos los socios de la Propagación de la Fe, por el estado próspero de tan santa obra; manifestó el aumento de asociados en

muchos pueblos, en alguno de los cuales habíanse formado hasta siete coros más.

«Habló después el ilustrísimo señor Obispo, manifestando que en verdad le era muy grato ver que en su diócesis la Obra de la Propagación de la Fe se hallara en un estado tan próspero á pesar de las circunstancias difíciles porque atraviesa nuestra patria; dió las gracias por ello á todos cuantos pertenecen á esta Asociación importantísima, y muy principalmente á las que llevan la parte directiva; saludó también á las personas que de Frómista y Mazariegos se hallaban presentes en representación de las Juntas de aquellas localidades, y terminó suplicando de todos oraciones al Todopoderoso á fin de que remedie las múltiples necesidades que sobre nosotros pesan. Después del discurso del Prelado, la Secretaria leyó los nombres de los socios y bienhechores que desde la última junta habían fallecido, á los que se encomendó á Dios, dando fin á la junta con la colecta y oraciones de reglamento.

«A esta Junta asistieron también las señoritas que componen la Asociación auxiliadora de las Misiones, de la que es presidente el señor Chantre. Esta Asociación, como todos saben, se ocupa en confeccionar ropas, ya para las iglesias de las Misiones, ya también para que los misioneros las repartan entre aquellos catecúmenos que se hallan necesitados. Del cariño y celo con que llenan su cometido estas señoritas, nos dieron buen testimonio en la exposición de labores que á la entrada de la sala en la que se verificó la junta, habían colocado con exquisito gusto. Allí vimos hermosos cubrecopones primorosamente bordados, elegantísimos paños de hombros, finos corporales y purificadores, juntamente con vestiditos para niños y otras muchas prendas de vestir que pronto serán enviadas á la presidenta general, á fin de que las dé el oportuno destino; hasta vimos una colección de setenta y dos mil sellos que cuidadosamente han ido recogiendo para el mismo fin.»

China.—El coronel Denby, ministro de los Estados Unidos en Pekín, acaba de dirigir una circular á los cónsules norteamericanos en el Celeste Imperio, haciéndoles saber que el señor Gerard, ministro de Francia, ha logrado del *Tsong-li-Yamen* (ministerio de Negocios Extranjeros), de acuerdo con lo estipulado en el tratado franco-chino de 1858, una orden que manda á todas las Autoridades locales de las provincias del Imperio queden suprimidas en adelante, en las ediciones y combinaciones del código chino, todas las restricciones y prohibiciones que tendían á impedir la propaganda del Cristianismo en aquel Imperio.

El coronel Denby añade que el ministro de Francia merece la gratitud de todos los pueblos por su actitud en este asunto.

—Según una relación el Rmo. P. Fr. Ezequías Banci, franciscano, obispo y vicario apostólico de Hu-pé Occidental, es muy afflictivo el estado de aquel vicariato. En la parte meridional del vicariato se ha declarado una terrible persecución contra los cristianos, los cuales están reducidos á la mayor miseria, sin casas, sin alimento y sin seguridad. Por lo cual el expresado reverendísimo señor Obispo se ve precisado á implorar la caridad de los fieles de Europa.

En medio de tantas aflicciones, tuvieron los misioneros el consuelo de administrar el santo Bautismo durante el año 1895 á 336 adultos y 3,996 niños de infieles bautizados en peligro de muerte.

Carolinas Occidentales.—Las fiestas de Navidad las hemos pasado bien, escribe desde Santa Cristina de Namar un Padre Capuchino; hubo Misa de Gallo y algunos villancicos, no tan bien cantados como en nuestros Colegios Seráficos; pero Dios, que no necesita ruido para oír nuestras plegarias, creo que las habrá aceptado, porque las ofrecimos, *puro corde et intentione recta*.

Al decir yo á los salvajitos la alegría, canto y música que habría en dichos Colegios, me decían los chiquillos:

—Aquéllos serán grandes, y por eso saben mucho,

Al oír que eran niños, preguntaban:

—¿Llevan barba?

—No, porque son pequeñitos.

—Y esos, ¿vendrán aquí?

—Sí; y los pobrecillos, como si los vieran ya en camino ó si los tuvieran presentes, decían:

—Pues yo cuando venga uno, le daré un coco.

El otro:

—Pues yo, una rima (árbol de pan).

Y el otro:

—Yo una guanábana para un refresco.

Y así todos decían y ofrecían, haciendo ademán de alargar la mano. Luego me preguntaban:

—¿Cuándo vendrán éstos?

¡Ah! si supieran esos seráficos los deseos que tienen estos chiquillos de verles, cada año les parecería un siglo, y pedirían á Dios les conservara la vocación que tienen hoy para sacarlos de las tinieblas y del error en que viven. Que ruegen mucho para que sean dignos de mandarles cuando Dios quiera y los Superiores dispongan.

Celebramos el día de la Purísima Concepción con toda la pompa posible; es verdad que el día acompañaba mucho; pero además de esto, algunos hicieron su primera Comunión: después hubo una Misa cantada á tres voces, y el tiple era el famoso León (de nueve años), el primer carolino que se bautizó en Yap. Por la tarde se hizo la procesión, y toda la carrera estaba llena de banderas, arcos, etc. Acudirían más de dos mil indios á ver este espectáculo, pocas veces visto en Yap.

Noticias varias.—En sustitución del M. R. P. Fr. José Lerchundi (q. e. p. d.), la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* se ha dignado nombrar prefecto de las Misiones franciscanas de Marruecos al M. R. P. Fr. Francisco M.^a Cervera, hijo de la Seráfica Provincia de Santiago, ex-secretario general y superior del convento de Herbón.

—Tratan actualmente con el Sumo Pontífice asuntos de sus diócesis respectivas el Ilmo. Melizan, arzobispo de Colombo, en la isla de Ceilán, y el Ilmo. Colgan, arzobispo de Madrás, en la India Británica. En el Indostán Meridional hay ochenta ó cien mil católicos del rito sirio-caldeo, y están sometidos á dos vicarios apostólicos latinos, los Ilmos. Lavigne, jesuita, que reside en Cottayam, y Medicot, en Trichoor.

—La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Artes de Lyon ha adjudicado el premio de 10,000 francos de la fundación Chaziére al R. P. Dorgère, de la Sociedad de Misiones Africanas para recompensar la obra de civilización llevada á cabo en el Dahomey por los misioneros franceses.

—Las Misiones de los Jesuitas en Siria y Armenia han tomado gran desarrollo. Hay 80 Padres en Berito, Saida, Damasco, Zahlé, Homs, Alepo y Ghazir. A sus escuelas concurren más de quince mil alumnos. Hay en Armenia 28 Padres, dedicados á la predicación y enseñanza de los naturales. Las escuelas de niños y niñas cuentan más de tres mil discípulos. Las necesidades de las mismas, siempre muy grandes, han llegado al extremo con motivo de las recientes persecuciones de los turcos.

—A la entrada del puerto de Hakodate, frente al cabo Shitiyassaki, territorio de Yedo (Japón), ha sido fundado un monasterio de Trapenses los cuales cultivarán el suelo feraz del Imperio del Sol, y enseñarán á los japoneses la mejor manera de cultivar la tierra.

—Los habitantes de las islas Hawai han vuelto á recobrar por compra parte de los antiguos dioses que adoraron sus antepasados y que se salvaron de la destrucción verificada en 1820, año en que llegaron al Archipiélago los primeros misioneros y abandonaron los insulares el Paganismo.

Desde aquella fecha se encontraba en la oficina de Misiones norteamericana esa colección de ídolos, notable por su antigüedad y formas horribles y repulsivas que presentan las figuras.

Hoy vuelven á Honolulu para ocupar, cual curiosidades en el Museo de Historia, un puesto que en los templos de indígenas llenaron como árbitros supremos de un pueblo crédulo y salvaje.

VARIEDADES

EL SOL DE MEDIA NOCHE EN EL CABO NORTE

Por conocido que sea este espectáculo grandioso, siempre resulta interesante cuanto de él se diga ó se copie. Conocido de referencia solamente, por supuesto, porque son muy raras las personas que en España pueden enorgullecerse de haber presenciado el fantástico panorama que ofrece el Cabo Norte á media noche desde el 13 de Mayo al 30 de Julio.

La excursión al Cabo Norte se ha convertido en *viaje de recreo*, dejando de ser lo que fué hasta hace poco: una expedición arriesgada, larga é incómoda. En lugar de una ascensión ruda, de pendiente más rápida que la de una escalera por piedras resbaladizas que se desprendían, rodaban y aplastaban á los ascensionistas rezagados, se encuentra hoy día para subir al promontorio un excelente sendero en zig-zag, perfectamente cuidado y limpio, dotado de una maroma que se renueva todos los años y que sirve de pasamano sólido y seguro. Además, ya no es preciso aguardar la salida de los vapores-correos, cuyo paso por el Cabo no coincidía sino muy raras veces con la hora de media noche, por las necesidades del servicio mercante. Hoy el ir al Cabo Norte ya no constituye un viaje, sino una excursión de recreo, tan fácil como encantadora, á bordo de los vapores exclusivamente dedicados á transportar excursionistas. Desde Trondhjem se tarda ocho días, y desde Bergen doce; días que transcurren agradabilísimos, deslizándose el buque de cabo en cabo, de estrecho en estrecho, y las tres cuartas partes del trayecto abrigado tras del dique de los *skjoergaard* ó archipiélagos costeros que evitan el oleaje, y, por tanto, el mareo aun á las personas de cabeza menos segura.

El diorama incomparable que van desarrollando estas costas del Nordland ante la asombrada vista de los viajeros que ocupan el vaporcito de excursión, tiene por final una verdadera apoteosis cuya grandeza nunca será bastante alabada: la belleza ideal de aquellas transparentes *noches diurnas* de los meses de Junio y Julio; el esplendor impresionable, indescriptible y semiglorioso del *sol de media noche* en el Cabo Norte.

El sol, más ó menos al borde de un horizonte limitado á 67 kilómetros de distancia, según que la fecha de la observación se aproxime más ó menos al 13 de Mayo ó al 30 de Julio, se mueve horizontalmente de Oeste á Este, cesa de descender y parece que teme penetrar en los desolados dominios del frío, donde hay el Spitzberg y la Tierra de Francisco José, bajo sus blancos sudarios de nieve perpetua, y más lejos el Polo inexplorado.

Para la mayor belleza del espectáculo, conviene que el cielo no esté despejado enteramente en aquella hora solemne; es preferible que haya nubes diseminadas, por entre cuyos claros percibir el sol, y en cuyos bordes admirar toda la escala de reflejos dorados que del Septentrión emanan. A la grandeza del espectáculo contribuye la masa imponente del Cabo, sobre todo del lado Oeste, que es regular, grandísimo, elevadísimo y

negro como espolón de acero de un acorazado gigantesco, titánico, cuyo casco lamen olas negras con espumas de fuego rojo y brillante.

COMO SE CASTIGA EN CHINA

No hace mucho tiempo fué asesinado en aquel imperio un pastor presbiteriano escocés.

Se llamaba mister Wylie, y regentaba una capilla en un distrito vecino de Shanghai.

Le atropelló una fuerza militar y le mataron los soldados.

Se dijo también que los causantes del delito lo cometieron por impulsos de fanatismo contrarios á la secta de M. Wylie, y que eran aquellas fuerzas más ó menos disciplinadas y regulares.

Pero consumado el asesinato, vino inmediatamente la reclamación del Gobierno inglés, seca y terminante, pidiendo el castigo de los culpables y la indemnización correspondiente á la familia del pastor.

La contestación del Gobierno chino se ha hecho esperar poco tiempo. Todos los deseos del Gobierno británico se han cumplido.

Y vean nuestros lectores como responde el Celeste Imperio á las reclamaciones de Inglaterra, y como castigan los chinos juzgadores á los chinos culpables.

Primero fueron degollados los soldados autores del asesinato del pastor.

Después fueron desterrados del imperio los soldados cómplices ó encubridores, ó testigos impassibles del hecho criminal.

En la misma sentencia se condenó á la degradación á los oficiales que mandaban aquella tropa, y á tambor batiente fueron degradados y expulsados del ejército.

Al mandarín del distrito donde se cometió el crimen, se le rebajo su categoría, honores y sueldo.

Al pueblo entero se le impuso una multa cuantiosa, que se cobró con la misma exactitud que las contribuciones del Estado, y una vez hecha efectiva, se entregó todo el caudal á la familia del presbiteriano.

Y como la capilla hubiese sido allanada y en parte destruída por aquellos mismos soldados, se ha dispuesto su inmediata reparación y compostura á costa de las Autoridades locales del punto donde se cometió el asesinato.

Se parecen los chinos á los moros en que dependen de una autoridad ó de un emperador sublime; pero seguramente se diferencian en la forma y rapidez con que atienden y cumplen las reclamaciones de los Gobiernos europeos.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE



Para las Misiones católicas más necesitadas

P. E., de Barcelona. 3 ptas.

Para las víctimas de Armenia

Francisco Leiacisti, de Elgoibar, y de sus compañeros. . . 2 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.